

BOXILIBROS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

los cuervos esperan

adam surray



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

ADAM SURRAY

LOS CUERVOS ESPERAN

Colección **PUNTO ROJO** n.º 603
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Déposito legal: B 35.924 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1973

© ADAM SURRAY - 1973

texto

© ENRIQUE MARTIN - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.207. —El espía que bajó al infierno.

En Colección SALVAJE TEXAS:

878. —El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

769. —Los vividores.

En Colección PUNTO ROJO;

589. —Póquer de damas para el asesino.

En Colección COLORADO:

829. —Un caballo, un «Colt» y una mujer.

CAPÍTULO PRIMERO

San Francisco.

La ciudad de la Puerta de Oro.

Una descomunal masa de rascacielos y colinas cercada por el océano Pacífico, el Golden Gate y la Bahía. La ciudad más pintoresca de Estados Unidos. Paraíso de los *hippies* y de la droga. Reino del amor... y de la muerte.

Sí.

Los crímenes más escalofriantes y monstruosos tienen lugar en California. Satánicos rituales. Aquelarres sangrientos... No es necesario retroceder al ya lejano asesinato de Sharon Tate. Otras muertes, aún más diabólicas, se han producido recientemente.

—Ya es costumbre.

Ya no importan a un público que se informa de los macabros sucesos con escalofriante indiferencia.

Normalidad.

Un día tranquilo en la Brigada de Homicidios.

En el edificio de la Metropolitan Police se han recibido tres casos de asesinato, ocho robos y otros delitos..., sin contar con el tiroteo contra un secuestrador en el aeropuerto internacional y el atraco a un Banco federal. Estos dos últimos delitos corresponden a la jurisdicción del FBI.

Lewis Marley, teniente de Homicidios, se mostraba contento. Casi feliz. Aquél era un día sin mucho trabajo. Un día normal.

Marley frisaban en los cuarenta años de edad. Sus cabellos griseaban en los aladares y unas prematuras arrugas surcaban su rostro. Ojos inexpresivos. Cansados. Insensibles a todo.

Muy lógico.

Todas cuantas canalladas es capaz de cometer el ser humano habían desfilado ante aquellos ojos.

El teniente se pasó el dorso de la mano derecha por la frente.

Hacía calor. En el exterior quemaba el asfalto. Y aquel despacho del Departamento era lo más semejante a un horno crematorio.

Lewis Marley, reclinado en el asiento giratorio de su mesa escritorio, dirigió una inquisitiva mirada al hombre que estaba frente a él.

A un hombre joven de cínica sonrisa.

—Eres un tipo de suerte, Frank. Siempre lo has sido.

—¿De veras, teniente?

—Seguro. ¿Quién es tu padrino? ¿El presidente de Estados Unidos?

—¿Quieres decir con eso que...?

—Correcto, Frank. Se te devuelve tu licencia de «buscabasuras». De experto en estercoleros. Sí, muchacho. Vuelves a disfrutar de tu muy digna profesión de detective privado. A ejercer de nauseabundo pesquisista.

—Eres muy bueno conmigo, Lewis.

Marley enrojeció.

Entornó los ojos como queriendo contemplar mejor al individuo.

Frank Duggan. Treinta años de edad. Pelo negro. Rostro de correctas facciones donde destacaban el brillo burlón de sus grises ojos y la cínica sonrisa de sus labios. La barbilla era firme. Denotando una gran energía. Complexión atlética que su vestimenta, chaqueta *beige* y pantalón Príncipe de Gales, no ocultaba.

—Y tú eres un bastardo, Frank.

Frank Duggan ahogó un resignado suspiro.

—Bien... No hay duda de que me sigues guardando rencor. Lo lamento. Aunque eres injusto. Yo no soy culpable de la torpeza existente en la Brigada de Homicidios. Capturé al asesino de Margaret Simmons en la zona de Telegraph Hill. Tú creo que le buscabas por Oakland, ¿verdad?

—¡Ocultaste pruebas a la policía, Frank! ¡Por eso solucionaste el caso! De no ser así, el asesino de Margaret Simmons hubiera caído en nuestro poder el mismo día del crimen.

Duggan chasqueó la lengua.

Ajeno a la irritación del teniente.

—No, Lewis. No oculté pruebas. Únicamente no mencioné la declaración de mi cliente. Es la primera norma de un detective

privado. Mi cliente, padre de la víctima, acudió a mí. Deseoso de que el culpable pagara su crimen. Y yo solucioné el caso atrapando al asesino de su hija.

Lewis Marley descargó el puño derecho sobre la mesa.

—¡Ocultando pruebas a la policía!

—Entonces..., ¿por qué se me devuelve la licencia?

El teniente resopló ruidosamente.

—Eso es lo que no comprendo. Según la investigación llevada a cabo, se llega a la conclusión de que no procede retirar la licencia al detective privado Frank Duggan. No lo comprendo, maldita sea... Creo que anda de por medio cierto individuo del FBI.

—¿Te refieres al inspector Rydell? Oh, no... Rydell me aprecia, pero no movería un dedo por ayudarme. ¿Olvidas que me expulsaron del Federal Bureau of Investigation? No les resulto simpático.

—Tú no le eres simpático ni a tu madre.

Frank Duggan asintió pensativo:

—Puede que tengas razón... Ahora que recuerdo, los biberones más grandes eran para mi hermano Billy.

—¡Vete al diablo! ¡Toma tu licencia y lárgate! No quiero volver a verte, Frank. Si te cruzas de nuevo en mi camino juro que no volverás a ejercer en todo el estado de California.

Duggan se incorporó.

Atrapó la credencial depositada sobre la mesa.

—¿Temas quedar otra vez en ridículo?

—No seas fanfarrón, muchacho —rió el teniente Marley en seca carcajada—. En tu año de permanencia como agente del FBI demostraste cualidades, pero como detective privado... ¡Eres uno del montón! Sonó la flauta en el caso de Margaret Simmons. Jamás volverás a alcanzar un triunfo semejante.

Los grises ojos del detective acentuaron el brillo burlón.

—Tampoco tu sección se cubre de gloria, Lewis.

—Abundan los hijos de mala madre y resulta imposible controlarlos a todos. Mi trabajo no es tan descansado como el tuyo, muchacho. Es sencillo criticar desde el exterior sin conocer los...

Lewis Marley se interrumpió al encenderse una de las luces del interfono. Pulsó la palanca correspondiente.

—¿Sí?

Llegó una voz a través del interfono.

—Un individuo quiere hablar con usted, teniente.

—¿Quién es?

—No ha dicho su nombre ni el motivo de su llamada. Telefonea desde la carretera de Watsonville. Le he dicho que me hablara de su problema, pero quiere hacerlo personalmente con usted. Asegura que es urgente.

—Pasa la comunicación.

Se produjo una breve pausa.

A través de la pantalla del interfono sonó una alterada voz. Chillona. Marcadamente nerviosa.

—¿Teniente Marley?

Lewis Marley profirió una maldición para sus adentros. Destinada al agente encargado de la centralilla. Debió pasar la comunicación a uno de los teléfonos y no al interfono.

Ahora la conversación sería audible para Frank Duggan. Aunque éste hacía gala de una total indiferencia.

—Sí, yo soy el teniente Marley.

—Mi nombre es William Medford.

—¿Qué se le ofrece, señor Medford?

—Es... es algo increíble, teniente. No sabía a quién telefonar hasta que recordé su nombre por unos artículos en la Prensa. Estuve tentado de llamar al FBI. Me ha sucedido algo espantoso...

Lewis Marley entornó los ojos.

Podía tratarse de un asunto confidencial.

Hizo una seña a Frank Duggan para que abandonara el despacho, pero el detective la ignoró.

—¿De qué se trata, señor Medford?

—¡No me va a creer, teniente! ¡Todavía tengo los pelos de punta y tiemblo de pies a cabeza! Es algo increíble...

Marley comenzó a perder la paciencia.

—¿Por qué no decide contar lo que ocurre?

A través del interfono se escuchó un leve jadear. El individuo continuaba excitado y nervioso.

—Iba en mi auto por la carretera de Watsonville a Santa Cruz cuando súbitamente un hombre cruzó la calzada. Tuve que realizar un brusco frenazo para no atropellarle. El individuo caminaba a gatas. Encorvado. Las manos a la altura de los tobillos y profiriendo

gruñidos. Sus manos..., aquellas manos... ¡Era algo increíble, teniente! ¡Sus manos eran auténticas zarpas! Giró la cabeza hacia mí y casi me desmayo en el asiento. ¡Era un tipo monstruoso! ¡Espeluznante! Imposible ver sus facciones, ocultas por un espeso pelaje gris...; sólo sus ojos demoníacos, como diminutas bolas de fuego, y los afilados colmillos, que...

Una soez maldición de Lewis Marley interrumpió al individuo.

—¿De quién diablos está hablando, amigo?

La voz de William Medford llegó entrecortada.

Dominada por el miedo.

—¿Aún no lo comprende, teniente?... ¡Aquel individuo que se cruzó ante mí era un hombre lobo!

CAPÍTULO II

Marley y Duggan intercambiaron una rápida mirada.

En el rostro de Frank Duggan se reflejó una divertida sonrisa, no compartida por Marley. El teniente endureció sus facciones a la vez que cerraba con fuerza los puños. Paulatinamente, su expresión cambió, terminando por dibujar una resignada mueca.

Sus ojos contemplaron con pena el interfono.

Lamentando no tener al individuo al alcance de su mano.

—Un hombre lobo, ¿eh, Medford?

—Sí, teniente... Algo monstruoso —dijo la voz a través del aparato—. Jamás podré olvidarlo...

—Ya. ¿Qué hacía el hombre lobo? ¿Autostop?

El tal William Medford no pareció percatarse de la ironía del teniente. Su tono de voz no cambió. Prosiguió hablando entrecortadamente. Con nerviosismo. Con infinito miedo...

—Ante el frenazo de mi coche, se detuvo unos instantes. Parecía dudar en atacarme, o no. Luego corrió hacia la cuneta... y entonces vi a la muchacha.

—¿Era Caperucita?

La burla de Lewis Marley sí afectó ahora al individuo.

—¡Maldita sea, teniente! ¡Le estoy diciendo la verdad! ¡Era un hombre lobo! ¡Cargó con la muchacha y desapareció entre los arbustos!

Marley sonrió.

Comprensivo.

—¿Desde dónde me habla, Medford?

—Estoy en una cabina telefónica de la carretera. Junto a la bifurcación que va a Dorns Valley.

—De acuerdo, Medford —dijo el teniente, con aburrido semblante—. No se mueva de ahí.

—¿Vienen ustedes?

—Por supuesto, Medford. Tranquilo. Estaremos ahí dentro de poco.

Se cortó la comunicación.

Lewis Marley presionó otra de las palancas, inclinándose sobre el interfono.

—¿Logan? Pasa un aviso al sargento Crawford. Quiero que un coche patrulla acuda a la general de Santa Cruz, a la altura del desvío hacia Dorns Valley. Junto a la cabina telefónica encontrarán a un tal William Medford. ¡Deténganlo por conducir borracho!

El teniente volvió a pulsar con irritación la palanca. Se percató de la burlona sonrisa de Duggan.

—¿Aún estás aquí, Frank? ¿Te has dado cuenta? ¡Éste es mi trabajo! No sólo combatir la ola de crímenes y violencia, sino enfrentarme también al hombre lobo. Maldita sea... ¡El mundo está repleto de locos!

—Ese hombre parecía realmente asustado. Su voz...

—¡Seguro! Apuesto a que vio al hombre lobo y a Frankenstein jugando al tenis en uno de sus *delirium tremens*. Cada semana recibimos llamadas de tipos así de divertidos. ¡Mal rayo los parta!...

—Cuidado con tu úlcera, Lewis.

—Lárgate, muchacho. Y no olvides mi advertencia.

En esta ocasión has tenido suerte. No abuses de tu buena estrella. Cruzarte en mi camino y perder definitivamente tu licencia será todo uno.

—De acuerdo, teniente. Lo tendré en cuenta.

Frank Duggan abandonó el despacho para adentrarse en una espaciosa sala donde se alineaban infinidad de mesas. Hombres en mangas de camisa deambulaban de un lado a otro sudando como condenados. Interrogando sospechosos, tomando declaraciones, consultando ficheros...

Hombres contra el crimen.

Una lucha que jamás tendría fin.

Duggan se introdujo en la cabina del elevador, descendiendo a la planta baja. Su coche estaba estacionado en una de las bocacalles a Howard Street. El auto era un Chevrolet «Camaro» color crema.

Ya acomodado frente al volante, extrajo del bolsillo su credencial de detective privado. Contempló fijamente la cartulina. En sus labios se esbozó una sonrisa. De nuevo en su poder gracias a

la intervención del inspector Rydell; pero la advertencia de Lewis Marley no iba en broma. Otro enfrentamiento con la Brigada de Homicidios y todo terminaría.

Puede que fuera lo mejor.

Terminar de una condenada vez.

«Experto en estercoleros».

El maldito Marley estaba en lo cierto. Hacía falta mucho estómago para ejercer de detective privado. Y Frank Duggan empezaba a asquearse de aquello. De bucear en la basura.

Recordó su fugaz paso por el FBI.

Lo rememoró con tristeza y nostalgia.

Pero los hombres como Duggan no son dados a sentimentalismos. Guardó la credencial en el bolsillo interior de su chaqueta. Puso el coche en marcha en dirección a su despacho de Rigg Street.

Dispuesto a empezar de nuevo. A continuar revolcándose en la basura. Si su camino se encontraba con el de Lewis Marley, no cedería el paso.

Frank Duggan jamás retrocedería.

Su indómito carácter fue lo que le valió la expulsión del FBI. Pero aquello ya pertenecía al pasado. El futuro...

No.

Hombres como Frank Duggan no sueñan con tener un futuro.

Abrió uno de los compartimientos del salpicadero para atrapar su cajetilla de tabaco. Conectó el radio-transistor. Stewie Wonder y su popular *Superstition*. La melodía pareció calmar a Duggan. Al menos borró todo pesimismo de su mente.

El «Chevrolet» subió hacia Market Street para luego enfilarse y adentrarse en Nob Hill tras dejar atrás la longitudinal California Street. Bordeó la Grace Cathedral.

Stewie Wonder dio paso al último *single* de Elton John, que había alcanzado los primeros puestos en el *ranking* americano. Pero súbitamente la canción fue interrumpida por la voz del locutor de la emisora.

—Les habla Freddy Connor en su programa «Música actual con noticias del momento». Nos vemos obligados a cortar al fabuloso Elton John para comunicarles mía escalofriante noticia. Auténtica primicia. Uno de nuestros reporteros nos la ha transmitido desde el

mismo lugar del suceso.

Duggan iba a cambiar de emisora.

El bocazas de Freddy Connor era muy popular en San Francisco. Un tipo que disfrutaba dando noticias truculentas aderezadas con la música «pop».

—... Ha sido hallado el cadáver de una mujer horriblemente mutilado. En las proximidades a Dorns Valley.

Frank Duggan, ya con el dedo índice sobre una de las palancas del aparato, quedó rígido. Por primera vez interesado en el nauseabundo programa de Freddy Connor.

Dorns Valley...

Desde aquella zona telefoneó William Medford.

La voz del locutor sonaba deliberadamente afectada.

—Algo monstruoso... El cuerpo de la mujer apareció hecho pedazos. Descuartizado. Sus miembros esparcidos y ensangrentados... La cabeza aún no ha sido hallada. Se deduce que la infortunada mujer fue atacada por una jauría de lobos.

Frank Duggan, acomodado tras la mesa de su despacho, acarició en actitud pensativa la botella de «Johnnie Walker». Le había impresionado la espeluznante noticia.

Imposible no relacionarla con la narración de William Medford y su monstruoso hombre lobo.

Duggan vació el vaso de *whisky*.

Era absurdo pensar en aquella posibilidad. Lo único cierto es que un nuevo caso se planteaba al teniente Marley. Mucho trabajo para la Brigada de Homicidios.

En cambio, Duggan...

Los grises ojos del detective trazaron una circular mirada por la estancia. En el reducido despacho se acumulaba gran cantidad de polvo. Había permanecido cerrado desde la retención de su licencia. Los papeles se amontonaban desordenadamente sobre la mesa. La mayoría eran facturas sin pagar. Tras el período de obligada inactividad, las deudas habían aumentado.

Del cheque proporcionado por Arthur Simmons en recompensa por la captura del asesino de su hija ya quedaba muy poco.

Duggan sonrió.

Aquello no le preocupaba.

Iba a llenar de nuevo su vaso de *whisky* cuando sonaron unos discretos golpes en la puerta de entrada.

—¡Adelante! ¡Puede empujar la puerta!

El detective se llevó una sorpresa.

Una sorpresa muy agradable.

Imaginaba a su posible visitante. El casero, el fulano del supermercado, un irritado acreedor... Todo menos aquella escultural mujer que había cruzado el umbral.

Una muchacha de unos veinticuatro años. De extraordinaria belleza y cuerpo de diosa. Un juvenil vestido camisero en muselina con estampado escocés modelaba la morbidez de sus erectos senos, su cintura y el suave contraste con las torneadas caderas. La corta falda permitía admirar sus muslos largos y bronceados.

Pero algo destacaba poderosamente en aquella mujer.

Y, contra todo pronóstico, no era su bien formado cuerpo.

Sus ojos.

Sí.

Unos ojos de extraña y misteriosa mirada. Frank Duggan trató de descubrir el color de aquellos ojos. ¿Verdes? ¿Azules? ¿Grisés?... Imposible definirlos. Carecían de color. De brillo. De vida...

Eran como la fría mirada de la muerte.

—¿Señor Duggan?

El detective se había incorporado.

—Sí, yo soy. ¿Quiere sentarse, señorita...?

La muchacha se acomodó en el único sillón del despacho. Sus ojos, indiferentes y ausentes, contemplaron la estancia. No pareció importarle el desorden y polvo acumulado.

Frank Duggan se disculpó.

—He permanecido algunas semanas retirado. Hoy es precisamente el primer día de mi regreso. De ahí el abandono reinante.

La mujer no pareció oírle.

—Quiero contratar sus servicios, señor Duggan. Casualmente cayó en mi poder un semanario en que resaltaban su triunfo capturando al asesino de Margaret Simmons. Por eso he acudido a usted. Quiero el mejor detective de San Francisco. Aunque..., ¿es usted un detective de elevados honorarios?

Frank Duggan sonrió.

No estaba en condiciones de exigir.

—Ése no será problema, señorita... ¿Me ha dicho su nombre?

—Diana Frankel. No tengo dinero para pagar sus honorarios, señor Duggan.

La cordial sonrisa se fue borrando paulatinamente del rostro del detective. Iba a hablar, pero la muchacha se le anticipó. Abrió su bolso de mano para extraer un papel que depositó sobre la mesa.

—Puedo pagarle con esto.

—¿Qué es?

—Una póliza de vida. Por cien mil dólares. Usted figura como único beneficiario.

Frank Duggan arqueó las cejas contemplando aquel documento. Un impreso de una compañía aseguradora. Como titular del seguro de vida constaba Diana Frankel. Y como único beneficiario, Frank Duggan. La póliza estaba sin firmar.

—Aún no la he firmado, señor Duggan —dijo la muchacha, adivinando los pensamientos del detective—. Espero su contestación para hacerlo. Si acepta mi trabajo cursaré ese seguro de vida y usted cobrará los cien mil dólares.

—Serán míos si usted muere, Diana.

Los labios de la mujer, gordezuelos y húmedos, esbozaron una sonrisa.

—Es que voy a morir, señor Duggan. Estoy sentenciada. Voy a ser víctima de un hombre lobo.

CAPÍTULO III

Frank Duggan quedó unos instantes con la boca entreabierta.

Contemplando perplejo a la muchacha.

Sin embargo, no fue grande su estupor. La historia del hombre lobo empezaba a resultar familiar. Se esforzó en aceptarla con ligereza, pero había algo en los ojos de Diana Frankel que le hizo estremecer. Por un momento creyó las palabras de la muchacha. Convencido de que no mentía.

Reaccionó.

Forzando una sonrisa.

—¿Ha dicho... un hombre lobo?

—Le parece absurdo, ¿no es cierto? Voy a jugar limpio con usted, señor Duggan. No quiero engañarle ni ocultar una verdad que tarde o temprano llegaría a descubrir. Lo que voy a decirle posiblemente le haga cambiar de opinión. De seguro no querrá hacerse cargo de mi caso. Lo sé.

El detective se reclinó en el sillón giratorio. Entrelazó los dedos de sus manos, quedando con la mirada fija en la mujer.

—Adelante, Diana. La escucho. ¿Cuál es mi misión?

—Antes quiero ponerle en antecedentes. Ya le he advertido que quiero jugar limpio. Nació mi madre en Pulaski, Tennessee. ¿Ha oído hablar de Pulaski, señor Duggan? Es la cuna del Ku-Klux-Klan. Allí nació esa secta tras la Guerra de Secesión. Mi madre, a la edad de dieciocho años, se casó con un hombre de color llamado Richard. Salieron de la iglesia, subiendo al coche y dispuestos a emprender el viaje de bodas. Un corto viaje. No llegaron a recorrer cinco millas. El coche fue detenido por miembros del Ku-Klux-Klan. Richard fue atado a un árbol. En primer lugar le cortaron las manos por haber osado tocar a una mujer blanca.

Diana hizo una breve pausa.

De su bolso de mano extrajo una cajetilla de «Thins». Se llevó el

cigarrillo mentolado a los labios. Con indiferencia. Sin alterar su pulso. Sin que su rostro delatara emoción alguna.

Prosiguió su escalofriante narración.

—Luego le arrancaron los ojos por haber posado su mirada en una mujer blanca. Los alaridos de Richard se escuchaban a distancia, pero nadie acudió. Tampoco acudieron a los desgarradores gritos de mi madre, que era obligada a presenciar la escena. Uno de los encapuchados tuvo curiosidad por ver cómo era el corazón de un negro. La idea fue aceptada. La orgía de sangre continuó. Arrancaron el corazón a Richard. Su cuerpo quedó colgando del árbol. Eran cinco los miembros del Ku-Klux-Klan. Tras acabar con Richard, fueron hacía mi madre. Merecía un castigo por haberse unido a un despreciable negro. La golpearon brutalmente.

Frank Duggan tragó saliva.

Impresionado.

No por la macabra historia, sino por la indiferencia mostrada por Diana. Contaba aquello como si se tratara de una nueva y romántica versión de *Love story*.

—Cuando algunos granjeros acudieron a retirar el cadáver de Richard, ya poco quedaba de él. Perros salvajes y lobos habían hecho un buen trabajo. Mi madre marchó de Tennessee y se estableció en California. Dos años más tarde contraía matrimonio con Burt Wellman. Frutos de esa unión fuimos mi hermana Sarah y yo. Mi madre jamás se repuso de la experiencia vívida. La satánica orgía contemplada en Tennessee no se borró de su mente ni un solo instante. Murió cuando yo tenía cinco años. Murió completamente loca.

Los gordezuelos labios de Diana succionaron el cigarrillo. Sus ojos, aquellos ojos de inexpresiva mirada, quedaron fijos en la nívea ceniza. Pareció esperar algún comentario de Duggan.

Al no recibirlo, continuó:

—Mi padre murió años más tarde. Sarah y yo quedamos solas. Teníamos algunos estudios y no nos resultó difícil encontrar un buen trabajo. Sarah consiguió empleo como secretaria particular del ilustre biólogo Harold Duvall. Llegaron a enamorarse. Meses antes a la fecha fijada para la boda mi hermana comenzó a sufrir pesadillas y alucinaciones. Creía... creía ser atacada por un hombre lobo. Su estado fue empeorando. Fue reconocida por Donald Ekland, uno de

los mejores psiquiatras de San Francisco. Recomendó el internamiento de Sarah en una clínica mental.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace dos años.

—¿Sigue aún en... la clínica?

Por primera vez pareció reflejarse un fugaz brillo en los ojos de Diana.

Un siniestro fulgor que pronto se eclipsó. Para un interlocutor menos sagaz que Duggan hubiera pasado desapercibido.

—No. Mi hermana enloqueció por completo. En mi última visita la encontré distinta, sin coordinar sus ideas, balbuciendo absurdas palabras... Ni tan siquiera me reconoció. Sarah, en un descuido de los enfermeros, se arrojó por el hueco del ascensor. Murió en el acto. Bien..., ésta es la historia de mi madre y de mi hermana. Ahora es mi turno.

Frank Duggan necesitaba un trago.

Sin importarle la presencia de la muchacha, se sirvió cuatro dedos de *whisky* que vació de un solo golpe.

—¿Su turno?

—Sí, señor Duggan. Yo también estoy loca. Mañana voy a ser internada en el mismo manicomio en que murió mi hermana.

Duggan se estremeció.

Diana seguía haciendo gala de una pasmosa indiferencia. Parecía como si el ir al manicomio fuera lo mismo que acudir a bailar al Mark Hopkins.

—Oiga, Diana...

—Permítame continuar, por favor. Todo empezó hace exactamente tres semanas. Vivo sola en un apartamento del 1823 de Hunt Street. Cierro puertas y ventanas cuidadosamente. Sin embargo, todas las noches, a las doce en punto, *él* entra en mi habitación.

—¿El? ¿Se refiere a...?

—Es como un hombre lobo. Avanza semiencontrado. Sus manos casi rozan el suelo. Afilados colmillos amarillentos. Rostro cubierto por pelo gris, ojos brillantes, sus manos son como zarpas de curvas y largas uñas...

Frank Duggan se pasó el dorso de la mano derecha por la frente. Aquella descripción coincidía con la del fulano de la carretera. Con

la del borracho William Medford.

—Siga, Diana. ¿Qué hace usted?

—Trato de gritar. Lo intento con todas mis fuerzas..., pero ningún sonido brota de mi garganta. *El* permanece allí..., mirándome por espacio de unos minutos... Luego se aproxima y me acaricia con suavidad. Después desaparece sin hacerme ningún daño. Y así todas las noches.

—¿Encuentra forzada alguna puerta o ventana?

—No.

—Entonces..., ¿por dónde entra?

—No lo sé.

—¿Ha dado aviso a la policía?

Una triste sonrisa se reflejó en el rostro de la muchacha.

—¿Cree que me harían caso? Me tomarían por loca. Tengo los... antecedentes de mi madre y de mi hermana. Nadie me cree. Tampoco usted, señor Duggan. ¿Me equivoco?

—Estoy seguro de que existe una respuesta lógica a esa fantasmagórica aparición. Ha sido sincera al contarme la historia de su madre y de su hermana. También yo voy a ser sincero, Diana. No creo en vampiros ni en hombres lobo.

—Comprendo.

—Quiero ayudarla, Diana. Convencerla de que sufre...

—¿Una pesadilla? No, señor Duggan. Una pesadilla no se repite durante semanas y a una misma hora. Yo veo a ese horrible monstruo. Igual que le estoy viendo a usted.

—Si me invita a cenar a su apartamento prolongaremos la velada hasta las doce. Y le prometo que ese... hombre lobo no aparecerá por allí.

—Eso ya lo sé.

Duggan arqueó las cejas.

—¿Lo sabe?

—Martin Pendleton es mi vecino de apartamento. Un buen amigo. Conoce mi problema y quiso ayudarme. Permaneció conmigo hasta las doce. Esa noche no apareció.

Frank Duggan contempló con tristeza a la joven.

—Creo que no debió acudir a mí en demanda de ayuda.

—¿Mejor un psiquiatra?

El detective, aun a riesgo de parecer brusco y cruel, respondió

con sinceridad:

—Sí.

—Ya lo he hecho, señor Duggan. Llevo una semana de tratamiento con el doctor Ekland. El mismo que atendió a mi hermana Sarah. Y es precisamente el doctor Donald Ekland el que me ha aconsejado una cura de reposo en el Centro Psiquiátrico Shavelson. Ingreso mañana, señor Duggan.

—Tal vez sea lo mejor y recupere la...

Diana interrumpió al detective.

—No saldré de allí con vida.

—¿Ésa es la clínica donde se suicidó su hermana?

—Sí, señor Duggan; pero con una pequeña salvedad. Mi hermana Sarah fue asesinada.

Frank Duggan se atizó un nuevo trago de *whisky*. Largo. Muy largo. La botella de «Johnnie Walker» descendió considerablemente su nivel.

Diana le desconcertaba.

Su absurda historia, su escalofriante indiferencia...

—¿Qué le hace suponer eso, Diana?

—Lo sé. También sé que mi hermana no estaba loca al ingresar en esa clínica. Fue allí donde enloqueció. Fue allí donde la mataron. Sarah jamás se hubiera quitado la vida. Era una mujer alegre, llena de vitalidad... Todo le sonreía hasta que empezó a sufrir aquellas diabólicas apariciones.

—¿Apariciones?

—Eso creía yo, señor Duggan; pero ahora conozco la verdad. También yo estoy padeciendo lo mismo que ella. Por eso sé que Sarah decía la verdad. Ese hombre lobo existe. Es real.

—No padece pesadillas ni alucinaciones, ¿verdad, Diana?

—No.

—Eso significa que no está loca.

Se miraron a los ojos.

Fijamente.

Frank Duggan, al reflejarse en aquellos ojos carentes de brillo, creyó sumergirse en un mundo desconocido. En un reino de tinieblas. Fantasmal. Espeluznante...

La muchacha entreabrió los labios.

—No lo estoy.

—¿Entonces por qué accede a ingresar en el Centro Psiquiátrico Shavelson?

—Es ahí donde encontraré respuesta a todo, Duggan. Estoy segura. Mi hermana no padecía trastornos mentales; sin embargo, en la clínica de Shavelson enloqueció. ¿Por qué? No me agrada la idea de internarme, pero es preferible a continuar con las horribles apariciones de ese monstruoso ser. En el Centro Psiquiátrico Shavelson está la respuesta a todo. Sé que también acabarán conmigo. Al igual que hicieron con Sarah. ¿Acepta el trabajo, Duggan?

—¿El trabajo? ¡Maldita sea! —exclamó el detective, dejando escapar su nerviosismo—. ¡No comprendo absolutamente nada! ¿Cuál se supone que es mi trabajo?

—Le he dicho la verdad, Duggan. No estoy loca. Quiero que controle mi estancia en el Centro Psiquiátrico Shavelson. Que investigue lo que hacen conmigo. Quiero que descubra a mis asesinos. Son los mismos que acabaron con Sarah. Ése será su trabajo. Entregar los culpables a la justicia.

—¿No debo proteger su vida?

—¿Cómo podría hacerlo? Voy a ser internada en un manicomio, Duggan. Ya le resultará bastante difícil el poder verme. No obstante, confío en su sagacidad y audacia. Confío en usted. Mi vida poco importa. Pero debe descubrir el cerebro diabólico que se esconde tras todo esto..., impedir que sigan..., exterminar a ese..., a... al hombre lobo... Existe, Duggan... Me acosa... ¿Por qué me atormenta?... ¿Por qué quiere acabar conmigo?

Toda la entereza y aplomo de Diana se derrumbó como un castillo de naipes. La muchacha ocultó el rostro entre sus manos sollozando entrecortadamente.

El detective no trató de consolarla.

Era preferible que Diana desatara sus controlados nervios.

—Es algo horrible..., monstruoso... ¡Oh, Dios mío!... ¡Ayúdeme, Duggan! ¡Se lo ruego! ¡Ayúdeme!... Tengo miedo...

—No ingrese en esa clínica, Diana. Si duda de la locura de su hermana Sarah, ¿por qué acudió al mismo especialista? ¿Por qué acudió a ese Donald Ekland? Olvide sus absurdas sospechas y preséntese a otro psiquiatra. Puede que no considere oportuno

recluirla. Con un simple tratamiento...

—¿Tratamiento? ¡No estoy loca! ¡No estoy loca!... ¡Ese hombre lobo existe!... Dios mío... Nadie quiere creerme...

Duggan quedó en silencio.

Pensativo.

Con la mirada fija en la muchacha.

—¿Está decidida a ingresar en el Centro Psiquiátrico Shavelson?

¿Con todas sus consecuencias?

—Sí.

—De acuerdo, Diana. Acepto su caso.

La mujer alzó sus llorosos ojos. Su rostro, desdibujado por una mueca de indescriptible terror y angustia, dejó paso a una leve expresión de esperanza.

—¿Habla en serio?

—Por supuesto. Averiguaré todo lo relacionado con ese misterioso hombre lobo y los procedimientos del Centro Psiquiátrico Shavelson. Estaré cerca de usted, Diana.

—¿Cerca?

Duggan sonrió.

—Eso he dicho.

—¿Cómo lo va a lograr?

—De la forma más sencilla, Diana. Yo también ingresaré en el Centro Psiquiátrico Shavelson.

CAPÍTULO IV

Frank Duggan penetró en el 1823 de Hunt Street.

Sorprendió al recepcionista babeando ante una revista danesa ya vieja y manoseada. El tipo la ocultó con aparente dignidad. Como si guardara las obras completas de un ilustre filósofo.

—Buenas tardes, señor.

—Voy al apartamento de la señorita Frankel. Me está esperando.

—Lo dudo.

Duggan entornó los ojos.

—¿Qué quiere decir?

—La señorita Diana Frankel ha abandonado su apartamento. Definitivamente. Marchó con todo su equipaje.

El detective vaciló. Por unos instantes estuvo tentado de enviar aquella absurda misión al diablo. Olvidarse de Diana y de sus pesadillas. Había quedado citado con la muchacha para que le ampliara detalles sobre el doctor Donald Ekland y el Centro Psiquiátrico Shavelson.

Y Diana había desaparecido.

Frank Duggan sacó un fajo de billetes que superficialmente mostró al conserje. Éste parpadeó. Sus ojos brillaron con más entusiasmo que cuando contemplaba la revista de chicas en traje de Eva.

—¿Cuál es tu nombre, amigo?

—George Conklin, señor.

—De acuerdo, George. Parece un tipo inteligente.

—Eso decía mi madre.

—¿Cuándo se marchó la señorita Frankel?

—Hace un par de horas aproximadamente. Poco después del almuerzo.

—¿Sola?

—No. Llegó un individuo muy elegante bajando de un

«Imperial» de la Chrysler. Todo un caballero. Preguntó por Diana Frankel.

—¿No dio su nombre?

—Dijo llamarse Donald Ekland. La señorita Frankel dio autorización para que subiera. En el «Imperial» quedaron dos individuos esperando. A los pocos minutos bajaron Diana Frankel y el fulano elegante. Uno de los hombres del coche se hizo cargo del equipaje. Ella me anunció que abandonaba el apartamento.

—¿La encontró nerviosa?

—¿Nerviosa? Conoce poco a Diana Frankel —rió el recepcionista—. Es una mujer fría e impasible. Nada parece alterarla.

Frank Duggan se pellizcó el lóbulo de la oreja izquierda.

Había algo extraño en todo aquello.

Diana le dijo que su ingreso en el Centro Psiquiátrico Shavelson se efectuaría mañana. Que el propio doctor Ekland acudiría a recogerla. ¿Por qué se adelantó? ¿Qué impulsó a Donald Ekland a cambiar de idea adelantando el ingreso de la muchacha?

—¿Qué me dices del vecino de Diana Frankel? Un tal Martin Pendleton...

—Ah... Curioso. Muy curioso.

—¿Qué le ocurre? ¿Tiene dos cabezas?

El conserje rió divertido.

—Me refiero al hecho de que Martin Pendleton abandonó también su apartamento. Justo a los treinta minutos de marcharse la señorita Frankel. ¿No resulta curioso?

—¿Quiere decir que se largó con sus cosas? ¿Para no volver?

—Eso dije. Abonó la mensualidad y se despidió definitivamente.

—¿No dejó señas para enviarle posible correspondencia?

—No. Martin Pendleton era un tipo raro.

—¿A qué se dedica?

—Ahí está lo raro. Jamás hacía nada. Entraba y salía sin hora fija. Sin someterse a un horario determinado. Lo mismo se levantaba a las ocho que a las diez. Siempre con dinero en los bolsillos. El tipo me daba envidia.

—¿Existe aquí conserje de noche?

—No.

Frank Duggan no pudo evitar una imperceptible sonrisa.

Hubiera resultado divertido ver la cara del recepcionista

nocturno ante la llegada de un hombre lobo para visitar a Diana.

Absurdo.

Sí.

Todo aquello era absurdo.

Nuevamente dudó en abandonar el caso. Sin embargo, había dado su palabra a Diana Frankel. Seguiría adelante hasta descubrir si, en efecto, la muchacha era víctima de un trastorno mental. De resultar cierto, sí abandonaría el caso.

Nada podría hacer por ella.

Sólo un tratamiento psiquiátrico le sería de ayuda.

Pero antes debía demostrar que las apariciones de ese hombre lobo eran falsas. Alucinaciones de la enfermiza mente de Diana Frankel.

—Gracias, George.

El hombre atrapó los veinte dólares que le eran ofrecidos. Realizó tan profunda reverencia que casi golpea la cabeza contra el mostrador de recepción.

—Siempre a sus órdenes, señor.

Frank Duggan abandonó el edificio.

Su auto estaba estacionado tres bocacalles más abajo. Frente a un *snack*. El detective se introdujo en el local.

Tras solicitar un *gin-tonic* en el mostrador, encaminó sus pasos hacia la cabina telefónica. Su dedo índice recorrió el dial.

Le llegó una chillona voz a través del micro.

—Aquí Jack Browne. ¿Quién llama?

—Hola, Jack. Soy Frank Duggan.

—¿Frank? ¡Maldito seas, sucio bastardo! ¿Dónde diablos te has metido? Me he cansado de acudir a tu despacho y...

—Estuve de vacaciones.

Se dejó oír una burlona carcajada.

—¿Vacaciones? A mí no puedes engañarme, muchacho. No hay secretos para Jack Browne. Te han retirado la licencia, ¿eh? Tu nauseabunda profesión de pesquisa ha concluido.

—No estás del todo bien informado, Jack. Esta mañana el teniente Marley me ha devuelto la credencial junto con unas cariñosas palabras de ánimo.

—¿Es cierto eso? Me alegro, muchacho. Espero que pronto encuentres cliente y puedas pagarme. ¿Has oído, Frank? ¡Pagarme!

¡Me debes mil dólares!

—Mil quinientos.

—¿Cómo?

—Sí, Jack. Quinientos más por la información que vas a proporcionarme. ¿De acuerdo?

Un fuerte resoplido llegó por el auricular.

—Debí imaginarlo... Quinientos dólares, ¿eh, Frank? Muy generoso. Cuando ofreces tanto es que no piensas pagar.

—No digas tonterías, Jack. Siempre he cumplido. Si me he retrasado en el pago de esos mil dólares ya conoces los motivos. He estado algún tiempo sin licencia y...

—Bueno. ¿De qué se trata?

—Quiero amplia información de un tal Martin Pendleton. Desde que vomitó su primera papilla hasta la fecha.

—Más datos, Frank. Existen cientos de Martin Pendleton en California.

—Sólo puedo añadirte que hasta hoy habitó en el 1823 de Hunt Street.

—Será suficiente. ¿Algo más, Frank?

—Sí. También quiero conocer la vida del ilustre doctor Donald Ekland.

—¿Qué buscas realmente, muchacho?

—Ni yo mismo lo sé, Jack. ¿Cuándo tendré la información?

—Puedes telefonar mañana. ¿Mil quinientos?

—Correcto, Jack. Hasta mañana.

Duggan abandonó la cabina.

No dudaba de la eficacia de Jack Browne. No era el clásico «soplón» de las novelas policíacas. Su servicio de información podía compararse con el Federal Bureau of Investigation. Un buen elemento. Con experiencia. Con toda la experiencia que puede adquirirse tras seis años de encierro en la hoy desterrada prisión de Alcatraz.

El detective se acomodó en uno de los taburetes del mostrador.

Dirigió una indiferente mirada por el local.

Junto a la máquina tocadiscos, una muchacha de unos dieciséis años movía las caderas siguiendo un trepidante *rock and roll* del sempiterno Elvis. La muchacha lucía unos diminutos *shorts* y ajustado suéter que resaltaba desafiantes sus juveniles senos. La

cintura al descubierto. La muchacha, consciente de que era observada por Duggan, acentuó los sensuales movimientos.

El detective sonrió casi con tristeza.

La juventud era como una fruta podrida que, pese a ello, todos deseaban clavar el diente. Siempre que la «manzana» fuese tan apetitosa como aquella muchacha.

Frank Duggan encendió un cigarrillo, dejando de prestar atención a la improvisada *gogo-girl*.

Debía acudir al Centro Psiquiátrico Shavelson y estar cerca de Diana.

¿Cómo conseguirlo?

No resultaría difícil entrar. Un elevado porcentaje de la población mundial necesita cuidados en una clínica psiquiátrica. El ejemplo más cercano era la muchacha de la máquina tocadiscos, que seguía retorciéndose como un gusano.

Duggan estaba convencido de que, solicitando una cura de reposo en el Centro Psiquiátrico Shavelson, se le admitiría la entrada. Aunque internado en secciones benignas. Muchos hombres y mujeres se internaban periódicamente en clínicas especializadas para reponer sus destrozados nervios. Buenos cuidados a cambio de una fabulosa factura.

Duggan no podía utilizar ese procedimiento.

Por muchas razones.

Sería destinado a una sección de seguro opuesta a la de Diana Frankel. Sometido a una constante y lógica vigilancia. No podría deambular por el centro como era su deseo. Por último, y la principal razón, no disponía de dinero suficiente para abonar la correspondiente factura.

No.

No le convenía hacerse pasar por enfermo.

Debía utilizar otro truco para penetrar en el Centro Psiquiátrico Shavelson.

A todo esto..., ¿dónde diablos estaba enclavada la clínica?

Su idea era haber hablado de ello con Diana, pero la repentina desaparición de la muchacha lo impidió. Sin duda la clínica estaba situada en San Francisco.

Duggan solicitó del barman el anuario telefónico.

Buscó en la sección correspondiente.

La psiquiatría debía ser una profesión muy rentable. Abundaban las clínicas y consultorios particulares. Toda una legión de especialistas para combatir la locura del mundo.

Esperanzador.

El dedo índice de Duggan recorrió la larga lista. Súbitamente, quedó inmóvil. Sobre un recuadro.

El detective palideció.

El Centro Psiquiátrico Shavelson estaba situado en Dorns Valley.

En la zona donde apareció el hombre lobo descrito por William Medford.

Frank Duggan no quiso esperar más.

En una valija guardó sus pertenencias más indispensables. Acto seguido emprendió viaje hacia Dorns Valley. Pensamientos dispares aturdíán al detective. Por un lado lo absurdo del caso encomendado por Diana Frankel. Y en el extremo opuesto, la serie de circunstancias que parecían dar la razón a la muchacha.

Duggan estaba seguro de que todo aquello tenía una explicación lógica. De que la fantástica historia de un hombre lobo no podía ser cierta. También estaba convencido de que no recibiría nada a cambio de su trabajo.

Beneficiario de una póliza de seguros.

No.

El comportamiento de Diana Frankel no era normal. Había heredado la locura de su madre. Al igual que su hermana Sarah.

Pero..., ¿y William Medford? Afirmaba haber visto a un hombre lobo. ¿También Medford estaba loco? ¿Y el cadáver despedazado de esa mujer encontrado en la zona de Dorns Valley?

Frank Duggan, aun consciente de no recibir ni un centavo a cambio, decidió firmemente investigar todo aquello. Por eso viajaba hacia Dorns Valley. Con el propósito de introducirse en el Centro Psiquiátrico Shavelson. Entrar como paciente era someterse a un control que no deseaba. Estudiaría el terreno para luego actuar en consecuencia.

El «Chevrolet» avanzaba por la carretera que, partiendo de San Francisco, unía las localidades de la costa. En el tramo Santa Cruz-Watsonville, junto a la bifurcación que conducía a Dorns Valley, descubrió la cabina telefónica.

Desde allí telefoneó William Medford para comunicar al teniente

Marley su espeluznante encuentro con el hombre lobo.

Duggan aminoró la marcha hasta casi detener el vehículo.

Sus grises ojos se posaron en aquella cabina.

El sol comenzaba a declinar y las primeras sombras del atardecer avanzaban lentamente. Pronto llegaría la noche.

¿Con luna llena?

Imprescindible para la aparición del hombre lobo.

Frank Duggan se esforzaba en asimilar aquella historia con escepticismo, pero había algo que le inquietaba. No podía definirlo. Como un extraño presentimiento que le impulsaba a creer las palabras de Diana.

Presionó a fondo el pedal del gas.

Adentrándose por la desviación que conducía a Dorns Valley. Hacia el interior. Alejándose de la costa. El coche, por aquel camino sin asfaltar, levantaba una nube de polvo rojizo.

Veinte millas de trayecto por un paisaje pedregoso y árido. Calcinado por el sol. Paraíso de lagartijas. Hasta llegar a Dorns Valley.

Una sucursal del Valle de la Muerte californiano.

La población de Dorns Valley se elevaba a unos diez mil habitantes. Pueblo tranquilo. Triste. De edificios de gris fachada. Una amplia avenida parecía dividir en dos la ciudad. La luminosidad de sus calles, ya envueltas por las prematuras sombras de la noche, era deficiente.

Frank Duggan recorrió la larga avenida hasta detenerse frente a un edificio de cuatro plantas. Uno de los mejores de Dorns Valley. «Hotel Dixon», anunciaba un luminoso de neón con algunas de sus letras averiadas.

El detective descendió del auto.

Al intentar penetrar en el hotel tropezó con un individuo que salía en ese momento del establecimiento.

—Perdone...

—¡Frank!... ¿Qué diablos haces aquí?

Duggan sonrió al percatarse de la identidad del individuo.

El teniente Marley.

—Hola, Lewis. El mundo es un pañuelo. ¡Qué agradable coincidencia!

—¿Qué haces aquí?

—Podría contestarte que soy un ciudadano libre y voy adonde me apetece, pero mi esmerada educación me impide responder así. Necesito unos días de descanso. Fuera del ruidoso y contaminado San Francisco. Reposar mi fatigado espíritu.

—En Dorns Valley, ¿eh?

—Ajá.

Lewis Marley arrugó la nariz.

—Tú solo sabes reponerte frecuentando los *night-clubs* de North Beach. Pero estás en tu derecho al no responder a mi pregunta. Por otra parte, lo que hagas o dejes de hacer me importa muy poco. Siempre que no...

—Siempre que no me cruce en tu camino.

—Eso es, Frank.

Duggan decidió cambiar de táctica. Le interesaba sonsacar algunas preguntas al teniente Marley. Le sonrió amistosamente.

—Me disponía a tomar un trago, Lewis. ¿Me acompañas?

—¿Pagas tú?

—Ajá.

—Acepto. Hay un *snack* en la tercera bocacalle. Allí me esperan mis hombres.

Comenzaron a caminar.

Frank Duggan extrajo su cajetilla de tabaco, ofreciendo un cigarrillo al teniente. Con voz carente de inflexión, le preguntó:

—¿Investigando lo de esa mujer despedazada por los lobos?

—No te hagas el gracioso, Frank. No hay lobos en esta zona.

—Sé muy poco del asunto, Lewis. Sólo oí mencionar que el cuerpo apareció despedazado. Como si...

—No sigas. Cada vez que lo recuerdo siento deseos de vomitar.

—Lewis Marley era sincero. Su rostro palideció instintivamente—. Fue algo horrible, muchacho. En todos mis largos años de servicio no había visto algo más espeluznante. En efecto, el cadáver parece haber sido atacado por una jauría de lobos hambrientos. Sus miembros despedazados a dentelladas... Como si una tribu de caníbales se hubiera disputado el cuerpo de la mujer.

—¿Sigue sin aparecer la cabeza?

—Sí. El forense trabaja en esos restos humanos. En el pecho de la mujer se ven profundos arañazos. Es como si la zarpa de un oso hubiera estado escarbando en busca de su corazón.

—¿Dónde apareció el cadáver?

—¡Maldita sea, Frank! ¡Sé lo que estás deseando preguntar! ¿Quieres saber si apareció cerca de donde William Medford vio el supuesto hombre lobo?

—Simple curiosidad, Lewis.

—¡Pues sí! ¡Justo por entre los arbustos donde Medford vio ocultarse al supuesto hombre lobo! ¿Satisfecho?

—Somos tipos inteligentes, teniente. Los hombres lobo sólo existen en las leyendas de la Edad Media. Cualquier individuo puede caracterizarse. ¿Qué me dices de William Medford? ¿Amigo del *whisky*?

—Le hemos hecho un análisis. Ni una sola gota de alcohol en su cuerpo. Ha vuelto a repetir la declaración que escuchaste en mi despacho. Un hombre lobo llevando en brazos a una mujer. Y poco después aparece el cadáver de una mujer despedazado a dentelladas. ¡Ira del Averno!... A veces me gustaría vivir en una isla desierta.

—Tranquilo, Lewis. Encontrarás la explicación a esto. El resultado de la autopsia te ayudará en el caso.

Penetraron en el *snack*.

—También me ayudaría el poder identificar a esa mujer. He preguntado por todo Dorns Valley. Resultado negativo. Ninguna mujer ha desaparecido últimamente de su hogar.

Un individuo se aproximó a Lewis Marley.

—Nada nuevo, teniente.

—Bien. Nos largamos. ¿Dónde está Hardy?

—Realizando un recorrido por el pueblo. No tardará en llegar.

Desde el interior del local se escuchó el estridente chirriar de un coche al frenar bruscamente. Un hombre de unos treinta y cinco años de edad, acompañado de un uniformado policía, penetró en el *snack*, avanzando con presuroso paso hacia Lewis Marley.

—¿Ha ocurrido algo, Hardy? —preguntó el teniente Marley.

—En efecto, señor. Hemos encontrado la cabeza. Había sido arrojada al interior de un pozo seco. A unas dos millas de donde se encontró el cadáver.

—¿Dos millas?

—Sí, teniente. La cabeza...

El agente Hardy se interrumpió. Su rostro reflejaba una marcada

palidez. Parecía tener miedo a continuar.

—Siga, Hardy.

—Le faltan los ojos, señor... Le han sacado los ojos...

CAPÍTULO V

Lewis Marley y sus hombres abandonaron Dorns Valley, emprendiendo regreso a San Francisco. Con el macabro hallazgo. Posiblemente, y tras conocer los resultados de la autopsia, continuarían investigando por los alrededores de Dorns Valley.

Frank Duggan quedó solo en el *snack*.

Era el único cliente.

Tras el mostrador, una mujer de unos veinticinco años de edad. De rostro sensual y llamativas curvas. Puede que su busto fuera demasiado exuberante y las caderas un poco amplias, pero tenía éxito entre la población masculina de Dorns Valley. Últimamente vuelven a llevarse las rellenitas.

—¿Piensas quedarte aquí, encanto?

Duggan desvió la mirada del vaso de *whisky*.

—¿Cómo?

—Si piensas quedarte en Dorns Valley.

—Ah..., sí. Es posible. Al menos por esta noche.

La mujer se inclinó sobre el mostrador. Deliberadamente. Para que se entreabriera aún más su atrevido escote.

—No te gustará el pueblo.

—Observo muy bonitos panoramas —sonrió Duggan con cinismo—. ¿Eres la propietaria del local?

—No. Estoy aquí empleada. Llevo tan sólo unos días y no creo que llegue a la semana. Éste es un pueblo aburrido.

—¿Aburrido? Yo he visto mucho... ambiente.

—¿Te refieres a los policías? Sí... Hoy ha sido un día distinto. Diabólicamente diferente a los demás. Esa mujer no fue atacada por perros salvajes ni lobos.

—Existen hombres mil veces peores que los lobos.

—En eso estamos de acuerdo. Me llamo Yvonne. ¿Y tú?

—Frank Duggan.

—Te deseo una corta estancia en Dorns Valley. Supongo que estarás de paso, ¿verdad?

—Aún no lo sé. ¿Puedes indicarme dónde está el Centro Psiquiátrico Shavelson?

El rostro de Yvonne se recubrió de una tenue palidez. Sus ojos contemplaron inquisitivamente a Duggan.

—¿Vienes a...?

—¿Internarme? No, Yvonne. Uno de los médicos es amigo mío y quisiera hacerle una visita.

—Hacia el Sur. A menos de una milla se alza el Centro Psiquiátrico Shavelson. En las afueras del pueblo. Sobre una gran extensión de terreno. Un gran edificio con varios anexos, jardín, piscinas, pista de deportes... y todo amurallado para impedir la fuga de los... pacientes. ¿Cambiamos de tema? Otra de las cosas que no me gustan de Dorns Valley es su proximidad con ese manicomio.

—¿Por qué sigues aquí?

Los carnosos labios de la mujer dibujaron una sonrisa.

—Un fulano me abandonó en plena carretera. Junto a una gasolinera. Me dijo que bajara a comprar cigarrillos. Cuando regresé, el muy marrano se había largado. Me dejó sin un centavo. Acepté este trabajo para reunir algún dinero y poder ir a Los Ángeles. Allí hay muchas oportunidades para las chicas inteligentes.

Frank Duggan contempló con insolencia el pronunciado escote. Los prominentes senos femeninos se mostraban con generosidad.

—No hay duda de que tú tienes talento, nena.

—Gracias, Frank. Eres un tipo simpático.

El detective abonó la consumición.

Alzó su mano derecha.

—Hasta mañana, Yvonne.

Frank Duggan abandonó el local.

La noche ya era dueña de Dorns Valley. La luna, como un gran disco de plata, pugnaba por romper la oscuridad.

Luna llena.

Duggan, pese a ser una noche calurosa, sintió frío. Encaminó sus pasos hacia el hotel. Antes de penetrar en el establecimiento se apoderó de la valija depositada en su auto.

Tras el mostrador de recepción, un individuo de mofletudo rostro y obesa figura permanecía acomodado en una mecedora. Sus

manos, con dedos como morcillas, sostenían una novela de Hadley Chase.

Duggan dejó la valija en el suelo.

—Buenas noches.

El conserje, demostrando no haber ido a colegio de pago, no correspondió al saludo. Tampoco hizo ademán de incorporarse. Se limitó a dirigir una indiferente mirada al recién llegado.

—¿Quiere habitación?

—Ajá.

—Número 107. Primera planta. Encontrará la llave en la puerta.

—Muy amable.

—Firme en el registro antes de subir.

El libro de registro depositado en la mesa de recepción aparecía abierto. El detective estampó su firma para acto seguido recoger su valija y encaminarse hacia la escalera. Al llegar al primer piso se abrió una de las puertas del corredor. Un individuo de alargado rostro y pobladas patillas se cruzó con Duggan.

—Buenas noches.

—Buenas noches... ¡Frank!

El detective, que ya había dejado atrás al individuo, giró al pronunciar su nombre.

Rostro Alargado le contemplaba con abierta sonrisa.

—Tú eres Frank Duggan, ¿verdad? ¿No me reconoces, muchacho?

Duggan entornó los ojos.

El individuo sí le resultaba familiar.

—Pues... no recuerdo...

—¡Maldita sea! ¡Soy Dany! ¡Dany Brooke! Recluta Duggan, preséntese de inmediato ante el sargento Brooke. ¡Muévase! ¡En infantería no queremos a los pies planos!

Frank Duggan sonrió.

—Jamás te hubiera reconocido, Dany. En el ejército no tenías esas patillas. ¿Qué diablos haces aquí?

—Me cansé de dar y recibir órdenes, Frank. Abandoné el ejército hace años. ¿Y tú? ¿Qué es de tu vida? ¿A qué te dedicas?

Duggan se encogió de hombros.

—He desempeñado varios oficios. Actualmente estoy sin trabajo.

—¿Esperas encontrarlo en Dorns Valley? No es el lugar más

adecuado, muchacho. Te lo garantizo.

—No lo dudo, Dany. Mi estancia en Dorns Valley se debe a un breve descanso. Lo necesito. Pasaré en el pueblo algunos días. ¿Vives aquí, Dany?

—¡Seguro! Soy el propietario del hotel. No es un negocio floreciente, pero me defiende bastante bien. Me gusta la tranquilidad de Dorns Valley. ¿Qué habitación te ha dado Harold?

—¿El gordo Harold?

Dany Brooke rió en estridente carcajada a la vez que palmeaba amistosamente la espalda del detective.

—Un tipo simpático, ¿eh? No le hagas mucho caso. Harold nació cansado. Apuesto a que te proporcionó la habitación 107.

—Correcto.

—La peor. Anda, sígueme. Durante tu estancia en Dorns Valley eres mi invitado. ¡Ah, diablos!... Con tu presencia acuden a mi mente lejanos recuerdos. Tenemos que hablar de ellos.

—Será un placer, Dany.

—¿Ya has cenado?

Frank Duggan pensó en el descuartizado cadáver de la mujer aparecido a poca distancia del pueblo. En un mutilado cuerpo que parecía haber sido pasto de los lobos. En la cabeza de vacías cuencas...

¿Cenar?

Sólo de pensarlo...

Por eso mintió a su viejo compañero.

—Sí.

—Entonces tomaremos un *whisky*, Frank.

Dany Brooke se detuvo ante una de las puertas del corredor. La señalizada con el número 104.

Abrió la puerta.

Encendió las luces.

La habitación era amplia y con magnífico mobiliario. Cama grande. El ventanal daba a la avenida. Contaba también con un espacioso cuarto de baño, televisor y surtido mueble-bar.

Sin duda era una de las *suites* destinadas a recién casados.

—¿Qué te parece, Frank?

Duggan sonrió irónico.

—No eras tan amable en tu papel de sargento.

—¡Olvida los malos tragos que te hice pasar, muchacho! Ya pertenecen al pasado. Soy tu amigo y dispuesto a ayudarte. Estás sin trabajo, ¿no es cierto? Puedo prestarte algún dinero. Ya me lo devolverás cuando te marchen mejor las cosas. ¿De acuerdo?

Duggan dejó la valija sobre el lecho.

Contempló fijamente a Brooke.

—Frente a la entrada del hotel hay un «Chevrolet» último modelo. Posiblemente lo cambie por el nuevo «Mustang» que ha salido al mercado. Me gusta cambiar de coche cada tres o cuatro meses.

Dany Brooke se rascó ruidosamente la cabeza.

—¿Eso significa...?

—Te mentí, Dany. Soy un famoso y cotizado escritor de novelas policíacas —dijo Duggan, mintiendo por segunda vez—. Escribo con varios pseudónimos. Los editores, contra la creencia general, son tipos fantásticos que pagan fabulosas cantidades. Me van bien las cosas.

Brooke volvió a reír.

Con su característica y estruendosa carcajada.

—Lo sospechaba. Eras el fulano más listo y astuto de la compañía. No podía creer que deambularas sin un centavo y sin trabajo. Un escritor, ¿eh? ¡Ya demostrabas imaginación en el ejército para burlarte de mis castigos! Acudes a Dorns Valley en busca de tranquilidad para escribir tu próxima novela. ¿Me equivoco?

Duggan sonrió.

No sintió remordimiento en engañar a Brooke.

No podía decirle la verdad.

No era prudente.

—Algo de eso, Dany. En efecto, estoy madurando una de mis obras más importantes. El argumento está aquí. En Dorns Valley. Durante el viaje pensaba una y otra vez en la forma de adentrarme en el terreno que me interesa. Resulta difícil, Dany. Pero el destino te ha puesto en mi camino. Vas a ayudarme.

—¿Ayudarte? ¿A escribir la novela?

Duggan le respondió con otra pregunta.

—¿Cuánto tiempo llevas en Dorns Valley?

—Pues... unos ocho años.

—Perfecto. Supongo que conoces a todos los habitantes de Dorns Valley.

—Así es. Aquí soy un tipo importante, Frank. Todos me aprecian y...

—¿Quieres ayudarme, Dany?

—Sí, claro... Aunque aún no comprendo lo que realmente quieres de mí.

Los grises ojos de Frank Duggan adquirieron un fuerte brillo.

—Algo muy sencillo, Dany. Quiero que me proporciones la entrada en el Centro Psiquiátrico Shavelson.

CAPÍTULO VI

El hotel Dixon contaba con un amplio porche.

Frank Duggan se hallaba apoyado en una de las columnas. Con un cigarrillo humeando en sus labios. Sus grises ojos contemplaban con indiferencia el deambular de los habitantes del pueblo.

Existía una importante fábrica textil en Dorns Valley. Un ochenta por ciento de la población trabajaba allí. Durante todo el día. Incluso el almuerzo lo realizaban en los comedores de la fábrica. Otro quince por ciento prestaba sus servicios en el Centro Psiquiátrico Shavelson. Y el cinco por ciento restantes, los elegidos de los dioses, vivían sin trabajar o en pequeños negocios en propiedad.

Por ello Dorns Valley parecía un pueblo muerto.

Se podían contar los paseantes.

Sin embargo, el tráfico por la avenida que dividía Dorns Valley sí era intenso. Coches procedentes del interior y que deseaban enlazar con la carretera de la costa. Muy pocos se detenían.

El pueblo no tenía aspecto acogedor.

Mejor pasar de largo.

La puerta del hotel se abrió para dar paso a Dany Brooke. Éste acudió junto a Duggan, que le esperaba con su sempiterna sonrisa burlona.

—Buenos días, Dany.

—Hola, muchacho. ¿Qué tal has descansado?

—Como los ángeles. Al principio me costó conciliar el sueño. Echaba de menos el ruido de San Francisco, pero luego quedé profundamente dormido. Hace tan sólo unos minutos que me he levantado.

—Bueno, Frank. —Brooke se acarició su patilla izquierda—. He estado dando vueltas a lo tuyo. ¿De verdad quieres entrar en el Centro Psiquiátrico Shavelson?

—No como paciente.

Dany Brooke chasqueó la lengua.

Contempló fijamente a Duggan.

—No me gusta bromear con estas cosas, Frank. He visitado un par de veces esa clínica. Tiene salas para enfermos leves. Para tipos forrados de dólares que sólo necesitan relajar sus nervios. Luego... luego existen otras salas especiales, muchacho. Hombres y mujeres que han perdido por completo la razón. Que no son dueños de sus actos. Verlos resulta escalofriante.

—Todo eso lo sé, Dany. Ya te he explicado mis motivos. Voy a escribir una novela. La más importante de mi carrera. Mi protagonista es encerrado en una clínica para enfermos mentales. Debo conocer el ambiente, Dany. Desde dentro. Todo buen escritor debe conocer el tema que desarrolla. Aunque sean leves nociones, ya que la imaginación hace el resto. Pero es necesario poseer algunas ideas. En caso contrario, la novela será un fracaso.

—Te comprendo, muchacho. Dices que te van bien las cosas, ¿no?

—No me puedo quejar.

—¿Por qué no realizas una cura de reposo? Así podrás observar a...

—Podré observar a los tipos forrados de dólares, a viejas solteronas cargadas de joyas, a un grupo de histéricos... No, Dany. Yo quiero deambular por todas las salas sin ser sometido a la vigilancia que se ejerce sobre los pacientes. Por eso deseo que me ayudes. Me has dicho que tienes buenas amistades en el Centro Psiquiátrico Shavelson.

—Sí. El propio Herbert Shavelson acude todos los sábados a mi hotel. Nos juntamos varios y organizamos unas partidas de póquer.

—Perfecto. Quiero que le solicites un empleo para un viejo camarada del ejército. Un trabajo como ayudante de laboratorio, de enfermero, guardián... De cualquier cosa, pero dentro de la clínica.

—Para ayudante de laboratorio o enfermero se necesitan unos conocimientos que son imprescindibles en...

—Los tengo, Dany —sonrió Duggan, sin mencionar los amplios conocimientos requeridos para su ingreso en el FBI y el perfeccionamiento técnico adquirido en la academia de Quántico—. No te preocupes por eso. No te dejaré en mal lugar.

Brooke movió la cabeza de un lado a otro.

—Correcto, Frank..., aunque no me agrada tu idea. Me recuerda a una película que vi hace años. Un periodista se interna voluntariamente en un manicomio. Terminó loco perdido.

—Ése no es mi caso, Dany. Yo no ingreso como paciente.

—Te ayudaré con una condición, muchacho. Quiero que en el prólogo de tu novela menciones la valiosa colaboración de Dany Brooke.

—Puedes darlo por hecho.

Los dos hombres rieron alegremente.

—Voy al Centro Psiquiátrico Shavelson. Hablaré con el propio Herbert Shavelson. Es preferible que me esperes en el pueblo, Frank. Estaré de regreso en menos de una hora. Ten por seguro que con buenas noticias para ti. Shavelson me debe algunos favores.

—Confío en ti, Dany.

Brooke se introdujo en el garaje del hotel.

Minutos más tarde salía al volante de un viejo «Pontiac». Se despidió de Duggan agitando su mano izquierda fuera de la ventanilla del auto.

El detective aún permaneció unos instantes bajo el porche.

Sonriente.

Su providencial encuentro con Dany Brooker solucionaba el problema de entrada en el Centro Psiquiátrico Shavelson.

Duggan arrojó el cigarrillo, encaminando sus pasos hacia el *snack* visitado la noche anterior. Penetró en el local. Como únicos clientes, dos melencidos junto a la máquina tocadiscos.

Frank Duggan sufrió una decepción.

Tras el mostrador no estaba la escultural y provocativa Yvonne. Había sido reemplazada por un individuo de pecoso rostro.

—Buenos días, señor. ¿Qué va a ser?

—Tostadas con mantequilla y abundante café —respondió Duggan, encaramándose a uno de los taburetes—. ¿A qué hora es el turno de Yvonne?

El fulano del mostrador sonrió, mostrándose poco favorable para anunciar dentífricos.

—Lo lamento, señor. Yvonne se despidió esta mañana. Un cliente de paso, a bordo de mi aerodinámico «Corvette», la engatusó. Iba hacia Los Ángeles y eso terminó de convencer a

Yvonne. Me pidió la liquidación y se largó con él. Una verdadera pena...

—Cierto. Qué se le va a hacer. ¿Puedo telefonar desde aquí a San Francisco?

—Por supuesto, señor. Al final del corredor encontrará la cabina. Duggan atravesó el local.

Los melenudos habían seleccionado el *Past of the unión*, de Straws. Un buen tema.

Frank Duggan se introdujo en la cabina telefónica. En su interior, detalle de agradecer, no llegaba el sonido de la máquina tocadiscos. El detective reunió las monedas necesarias para una llamada a San Francisco, proporcionando el número a la operadora de Dorns Valley.

Le llegó la señal de llamada. Y a los pocos segundos la inconfundible y chillona voz de Jack Browne.

—¿Sí?

—Hola, Jack. Aquí Duggan. ¿Alguna novedad?

—Seguro, Frank. Tú sabes que soy un tipo rápido. Te empiezo por Donald Ekland. Un individuo de talento. Doctor en psiquiatría y experto cirujano, aunque esta última actividad dejó de ejercerla hace algún tiempo. Tiene un consultorio particular en una lujosa planta de Sacramento Street. Viudo. Su mujer falleció víctima de una dolorosa enfermedad. Necesitaba con urgencia un trasplante de hígado, pero no se consiguió donante. Donald Ekland está considerado como uno de los mejores psiquiatras de California. Forma parte de la plantilla del Centro Psiquiátrico Shavelson. Tres veces a la semana se desplaza a Dorns Valley a visitar a sus pacientes. Sin antecedentes de ningún tipo.

Se produjo una breve pausa.

—¿Eso es todo, Jack?

Browne rió divertido.

—También yo estoy desilusionado, Frank. No me agrada dar con individuos de intachable reputación. Investigué a fondo. Sin resultado. Ni un solo lunar en la vida de Donald Ekland. Nada. Incluso sus relaciones con las enfermeras particulares de su consultorio son ejemplares. ¡Un asco, Frank! El tal Donald Ekland es un fulano sin mancha.

—Bien... ¿Qué me dices de Martin Pendleton?

—¡Ah, muchacho!... Ése es el polo opuesto. Un tipo curioso. Actor fracasado, desertor del ejército para evitar posible visita al Vietnam, mecánico de ocasión... Encarcelado un año por intento de robo en un supermercado, nueva temporada en prisión por abusar de una menor, otro intento de robo...

—¿Ninguno le salía bien?

La carcajada de Browne llegó por segunda vez a través del micro.

—Martin Pendleton es un poco cenizo. Ya conoces el tipo. Padres divorciados, infancia desgraciada, inseguridad... Hace tres años fue sometido a tratamiento psiquiátrico. ¿Adivinas por quién?

—Doctor Donald Ekland.

—Puedes apuntarte un tanto, Frank. En efecto. Ekland, por entonces, aún no había alcanzado su cotización actual y sus honorarios no eran tan elevados. También actualmente Ekland se deja llevar por su buen corazón y acepta socorrer a los económicamente débiles. Volviendo a Martin Pendleton, pronto fue dado de alta. Lo suyo era simple complejo de inferioridad. Prosiguió su deambular sin pena ni gloria. Hace exactamente un año cambió su suerte. Realizó un buen negocio.

—¿Cuál?

—Vendió su ojo derecho.

Duggan quedó perplejo.

Tragó saliva aferrando el auricular.

—Temo no haber oído bien, Jack. ¿Quieres repetir?

—Me has oído perfectamente, muchacho. Martin Pendleton fue el donante para una operación de trasplante de córnea efectuada en una clínica privada de Los Ángeles. El receptor fue el joven millonario Dermis Pollock. Todo se llevó en el máximo secreto. Desde aquel día los bolsillos de Pendleton siempre están repletos de dólares. Ha desaparecido de ese apartamento de Hunt Street sin dejar rastro. ¿Quieres que te lo localice?

Frank Duggan demoró unos instantes la respuesta.

—No, Jack. No es necesario.

—Soy un fulano honrado, Frank. Quinientos dólares por la información proporcionada me parece un abuso. Resultó demasiado sencillo. ¿Puedo ayudarte en alguna otra cosa?

—Nada por el momento.

—¿Cuándo me soltarás los mil quinientos dólares?

—No te oigo, Jack.

—Digo que...

—Te oigo muy mal, Jack —sonrió Duggan—. Nos veremos un día de éstos por North Beach. Hasta pronto.

Frank Duggan colgó el auricular haciendo caso omiso a los gritos de Browne.

Abandonó la cabina.

Al retomar junto al mostrador vio a un individuo acomodado en su taburete.

—Me permite...

Duggan se apoderó de la taza de café y las tostadas.

El individuo le miró de arriba abajo.

—¿Frank Duggan?

—Sí.

—Soy Michael Hawks, *sheriff* de Dorns Valley.

El detective dirigió también una inquisitiva mirada al individuo.

De míos cuarenta años de edad. Corpulento. Rostro del color de la terracota. Angulosas facciones y ojos hundidos. La chaquetilla de piel no ocultaba el reglamentario revólver que pendía de la funda sobaquera.

—Es un placer, *sheriff*.

—¿Qué busca en Dorns Valley?

—¿Buscar?... No busco nada, *sheriff*.

—Perfecto. Eso quiere decir que pronto se largará del pueblo. ¿Cierto?

Duggan mordisqueó una de las tostadas. Sin apartar su mirada del rostro de Michael Hawks.

—Puede que permanezca algunos días.

—¿Por qué?

—Eso es asunto mío, *sheriff*.

El representante de la ley sonrió. Con el mismo entusiasmo que si le hubieran pisoteado las tripas. Apoyó los pulgares en la hebilla de su cinturón.

—Ayer se cometió un asesinato en Dorns Valley. El primero desde que estoy de *sheriff*. Y no me gustó.

—Lo supongo. El cadáver no quedó muy decorativo.

—Tampoco me agradan los forasteros. Si su estancia no obedece

a ningún motivo especial, será mejor que se largue cuanto antes del pueblo.

—Parece un buen consejo.

—No es un consejo, Duggan. Más bien una amenaza. Si continúa aquí, lamentará el día en que pisó Dorns Valley. No lo olvide.

Michael Hawks giró sobre sus talones abandonando el local.

Duggan le siguió con la mirada. Luego sus ojos se posaron en el propietario del *snack*.

—Tienen un *sheriff* muy simpático.

—Michael está muy disgustado por lo ocurrido. Es el primer crimen que se comete en Dorns Valley. Le ha afectado. Sinceramente, ha impresionado a todo el pueblo. Se comenta que el cadáver de esa mujer apareció descuartizado, sin cabeza, con profundos arañazos en su pecho... En principio se creyó obra de una manada de lobos o perros salvajes. No estamos acostumbrados. La policía de San Francisco ha metido las narices en el asunto y eso acabó de irritar a Michael. Normalmente es una persona muy sociable. Está interrogando a todos los forasteros llegados a Dorns Valley. Intenta descubrir al culpable adelantándose a los policías de San Francisco. Sería un gran éxito para él.

—No parece investigar. Se ha limitado a ordenarme que abandone el pueblo.

El del mostrador se encogió de hombros, dando por terminada la conversación.

Frank Duggan tampoco mostró interés en proseguirla. Concluyó su consumición, abonando el importe marcado en el boleto.

Los melenudos ya no estaban en el local.

Duggan fue hacia la máquina tocadiscos. Introdujo veinticinco centavos. Entre la larga relación de ritmos actuales descubrió un viejo tema de *Hair*. El fabuloso *Aquarius* de los 5th Bimention.

Consultó la esfera de su reloj de pulsera.

Habían transcurrido treinta minutos desde su conversación con Dany Brooke. Este pronto regresaría del Centro Psiquiátrico Shavelson.

Frank Duggan decidió hacer tiempo jugando en la máquina tragaperras. A la tercera partida logró alcanzar la puntuación máxima. Comenzaba a aburrirse de aquel estúpido juego cuando Brooke hizo su entrada en el local.

Por la expresión de su rostro parecía portador de buenas noticias.

—Bien, muchacho. Lo conseguí.

—¿Hablas en serio, Dany?

—Seguro. Fui directamente a Hervert Shavelson. Le dije que un viejo amigo se encontraba en dificultades y necesitaba trabajo eventual hasta superar la crisis. Sabía que no me negaría el favor, aunque tal vez no te guste el trabajo.

—Eso no me importa, Dany. Sólo me interesa entrar.

—Puedes hacerlo esta misma tarde. Pero...

El rostro de Dany Brooke se ensombreció.

Duggan se percató de ello.

—¿Ocurre algo, Dany?

—Pues... las vacantes existentes en el Centro Psiquiátrico Shavelson son para el pabellón «D». No todos están dispuestos a trabajar en aquella zona. Resulta peligroso. Al mencionar tus conocimientos al doctor Shavelson se mostró complacido. Necesita personal en la sección «D». Actuarás como ayudante sanitario. Una especie de enfermero-guardián.

—Ya te he dicho que no me importa el trabajo a realizar, Dany.

Brooke chasqueó la lengua.

—Creo que no comprendes la situación, Frank. Te han destinado al pabellón «D». ¿Sabes lo que eso significa? En el pabellón «D» están encerrados los enfermos más peligrosos. Los locos incurables. Capaces de todo... De todo, Frank. Incluso de matar.

CAPÍTULO VII

Pabellón «D».

El pabellón más aislado del Centro Psiquiátrico Shavelson. El más controlado. Allí permanecían los enfermos incurables. Los que habían perdido toda esperanza. Aislados. Dueños de un mundo al que nadie podía penetrar. Caminando por los senderos de lo irreal. De la locura. Del terror...

Un mundo alucinante.

Sin retorno.

Desgraciado del que penetrara en él.

Y Diana Frankel entró en ese mundo demoníaco.

Acompañada por el propio doctor Donald Ekland fue conducida a una de las habitaciones del pabellón «D». Una estancia reducida y de acolchadas paredes con un ventanal cerrado que no permitía filtrar la luz del exterior. Mobiliario escaso. Casi inexistente.

Una cama de blancos cabezales, una mesa empotrada y una silla de frágiles patas. El cuarto contiguo correspondía al baño. También de reducidas dimensiones.

Diana se dejó contagiar por la frialdad de la habitación.

Se estremeció de pies a cabeza.

Donald Ekland pareció percatarse de ello.

—Tranquilízate, Diana. Todo saldrá bien. Puede que te impresione en principio, pero te acostumbrarás. Aquí encontrarás la paz y sosiego deseados. Consideraré conveniente recluirtte aislada para evitar contacto con otros enfermos más... graves. En esta zona existe un mayor control y tal vez te sorprenda mi decisión de...

—No me sorprende en absoluto, doctor.

Donald Ekland frisaba en los cincuenta años de edad. Su rostro semejava una máscara de cera. No sólo por la falta de expresión de sus facciones, sino por la sempiterna palidez de que hacía gala. Ojos pequeños. Muy brillantes. Únicos focos de vida en aquel inexpresivo

rostro. De complexión débil. Extremadamente delgado. Manos blancas de largos y ágiles dedos.

Aquellos diminutos ojos relampaguearon contemplando a la muchacha.

—¿Tratas de insinuar algo, Diana?

—No, doctor. Simplemente le comento que esperaba ser destinada a una habitación de estas... características. Una celda apropiada para locos peligrosos. ¿Me equivoco?

—Debes confiar en mí, Diana —replicó Donald Ekland ignorando la pregunta—. Te he recomendado al doctor Shavelson. El se ocupará personalmente de tu caso. También yo te visitaré con frecuencia. Pronto saldrás de aquí.

Diana sonrió.

—¿Viva o muerta?

Ekland iba a responder. Incluso entreabrió los labios. Pero por último se limitó a mover la cabeza de un lado a otro en apesadumbrado gesto. Sin hacer ningún comentario abandonó la habitación.

La muchacha quedó en el centro de la estancia.

Inmóvil.

Con la mirada fija en aquellas acolchadas paredes.

Reaccionó consultando la esfera de su reloj. Las tres de la tarde. Frank Duggan estaría ahora en su apartamento de Hunt Street. Buscándola. Diana lamentó el no haber podido comunicarse con el detective. Avisarle de que Donald Ekland, de improviso, se había presentado adelantando su ingreso en el Centro Psiquiátrico Shavelson.

Pero la joven confiaba en Frank Duggan.

Sabía que no la abandonaría.

Diana abrió la valija depositada sobre el lecho. Comenzó a desempacar sus pertenencias.

De pronto quedó rígida.

Dominada por una extraña sensación.

Giró con rapidez.

No pudo evitar que un grito brotara de su garganta.

Junto a ella un individuo de rapada cabeza y saltones ojos. Rostro redondo. En su mejilla izquierda una verdosa cicatriz en forma de «X». El hombre, de irnos treinta años de edad, vestía

camisa y pantalón azul pálido. Del cinturón pendía una cachiporra de goma.

Aqué! era el clásico uniforme de los guardianes del pabellón «D».

—¿Quién... quién es usted? —balbuceó Diana.

—¿La he asustado?

—No... no... le oí entrar...

El individuo sonrió.

Llevaba un pequeño envoltorio en su diestra que arrojó sobre el lecho. Sus ojos contemplaron la abierta valija.

—Mi nombre es Charles Convay. Soy uno de los enfermeros. En este paquete encontrarás las ropas reglamentarias para los pacientes. No son compradas en Market Street, pero te gustarán. Póntelas.

—Sí, señor.

—Debes hacerlo... ahora.

Diana procuró dominar su miedo. Antes de acceder a su ingreso en el Centro Psiquiátrico Shavelson se prometió una y otra vez no tener miedo. Controlar sus emociones. Resistir. Llevaba tan sólo una hora allí.

Una hora.

Y ya se sentía dominada por un inexplicable terror. Era aquel individuo. Su repulsivo rostro. Sus saltones ojos...

—¿No me has oído, nena?

Diana asintió nerviosamente atrapando el envoltorio. En su interior una larga falda y una camisa. Color gris. También unos zapatos sin tacones.

La muchacha hizo ademán de dirigirse al cuarto de baño.

—Puedes cambiarte aquí. No te preocupes por mí, Diana. Mientras tanto comprobaré tus pertenencias. No podrás quedarte con algunas cosas.

El llamado Charles Convay dio la espalda a la muchacha comenzando a revolver entre el equipaje. Apartó cinturones, lazos, espejos, juego de manicura...

El individuo ladeó la cabeza.

Diana continuaba inmóvil. Con el gris uniforme entre sus manos.

—¿Qué diablos te ocurre? ¿Acaso necesitas ayuda? Puedo avisar a dos de los celadores. ¿Es eso lo que quieres?

—No...

—Entonces cámbiate de ropa de una maldita vez.

Charles Convay volvió a ocuparse de inspeccionar el equipaje.

La joven aprovechó para desvestirse con rapidez. Los nervios le restaban agilidad. Se despojó del traje chaqueta. Quedó con dos únicas prendas. Estaba de espaldas a Convay. Se ajustó la falda y la camisa gris. El blusón le resultaba pequeño.

Diana giró.

Para enfrentarse con la mirada del hombre. Los ojos de Charles Convay relampagueaban ahora con lascivo fulgor. Devorando a la muchacha con la mirada.

Diana enrojeció de ira y vergüenza.

—Las medias. No puedes quedarte con ellas. El nylon es muy resistente. Recuerdo a una paciente que se ahorcó con unas medias de nylon. Quítatelas. También el reloj. Aquí no vas a necesitarlo.

Diana apretó con fuerza los labios.

Aquel individuo trataba de atemorizarla.

No lo conseguiría.

La muchacha subió la larga falda. Al despojarse de las medias sus piernas de bronceados y esbeltos muslos quedaron por completo al descubierto.

El brillo se acentuó en los ojos de Convay.

—¿Algo más, Charles?

El hombre sonrió.

Se percató de que Diana Frankel hacía gala de una entereza que estaba muy lejos de sentir.

—Nada... por el momento. Dentro de poco te servirán la cena.

Charles Convay se llevó prendas y objetos pertenecientes a la muchacha. En la maleta quedaron muy pocas cosas. Incluso los zapatos de tacón muy pronunciado habían sido requisados. Cualquier objeto que pudiera ser utilizado como arma.

Diana, al quedar sola en la habitación, se encaminó al cuarto de baño.

No había espejo.

Abrió uno de los grifos del lavabo, pero no cayó ni una sola gota de agua. Retomó al dormitorio. Su bolso de mano, también inspeccionado por Charles Convay, estaba sobre la mesa de noche. Buscó un cigarrillo.

Sin éxito.

El enfermero se los había llevado junto con el encendedor.

Sí.

Convay había hecho las cosas a conciencia.

La muchacha se dejó caer sobre el lecho. Cerró los ojos. El corazón le latía con fuerza. ¿Miedo? Sí. Tenía miedo. Ahora se percataba del paso dado. Sabía también que ya era imposible retroceder.

Tampoco lo deseaba.

Superaría ese miedo.

Debía hacerlo. Soportarlo todo. Seguir. Hasta el final. Descubrir las misteriosas apariciones que la torturaban. Averiguar qué ocurrió realmente con su hermana Sarah.

Y la respuesta estaba allí.

En el Centro Psiquiátrico Shavelson.

En el diabólico pabellón «D».

Ignoraba el tiempo transcurrido cuando un mido la sobresaltó. Abrió los ojos. A tiempo de ver entrar a una mujer portando una bandeja.

¿Una mujer?

Era lo más parecido a una bruja.

Vieja. De rostro alargado y piel materialmente pegada a los huesos. Nariz ganchuda. Vestía una blanca bata que hacía juego con sus pálidas facciones.

—Buenas noches, señorita Frankel. Le deseo una feliz estancia en el Centro Shavelson.

—Gracias...

—También espero que le guste la cena.

—Prefiero que se la lleve. No tengo apetito.

La mujer agrandó los ojos. Como si hubiera escuchado una atroz blasfemia.

—¿Qué dice? ¡No puede hacer eso, señorita Frankel! No se lo aconsejo. Dentro de quince minutos Charles Convay, el jefe de enfermeros, hará un recorrido por todas las habitaciones. Si alguien ha rechazado la cena... No, señorita Frankel. No se lo aconsejo.

La mujer chasqueó la lengua sin añadir ninguna otra palabra más. Depositó la bandeja sobre la mesa de noche para acto seguido abandonar la habitación.

Quince minutos.

Quince minutos...

Diana comió todo lo servido. Pese a que los manjares, bien presentados y condimentados, le producían náuseas. Vació el vaso de agua.

Platos, tenedor, vaso... todo en papel-cartón parafinado.

A los veinte minutos llegó un enfermero a retirar el servicio. No era Charles Convay.

Diana quedó sola.

Comenzó a pasear por la reducida estancia.

El silencio era total. Absoluto. Las acolchadas paredes aislaban de todo ruido exterior. Era un silencio... ensordecedor.

Sí.

Ensordecedor.

Un contrasentido de fácil explicación.

Diana se percataba de aquel silencio. Era agobiante. Le daba la sensación de hallarse en un mundo diferente. Desconocido.

Dejó de pensar en ello y decidió acostarse. Bajo la almohada encontró un largo camisón de tosca tela.

Apagó la luz antes de introducirse en el lecho.

El cansancio cerró sus ojos.

¿Cuánto tiempo faltaba para las doce?

¿Cuánto?...

Diana quedó dormida. Con agitado respirar. Sus senos subían y bajaban descompasados. Se despertó sobresaltada. Sentía su cuerpo bañado en frío sudor. Trataba de reanudar su interrumpido sueño, cuando sonó la voz.

Ronca.

Lejana.

Como procedente de un profundo pozo.

Como llegada del Más Allá.

—Diana... Diana...

La muchacha dio un respingo quedando sentada en el lecho. Su mano derecha buscó nerviosamente el interruptor de la luz. Lo accionó una y otra vez sin que se iluminara la habitación.

Súbitamente, de entre la oscuridad, surgió una mortecina luz.

Diana desorbitó los ojos.

Procedente de la sala de baño vio avanzar una fantasmagórica figura. Un encapuchado portando en su diestra un quinqué.

Cubierto con una larga túnica que le llegaba hasta los pies.

Era un encapuchado del Ku-Klux-Klan.

—No..., no...

La balbuceante voz de Diana fue apenas audible.

El encapuchado dejó el quinqué sobre la mesa de noche. Tendió sus manos hacia Diana. La muchacha intentó retroceder, pero ya era demasiado tarde. Quedó aprisionada.

La joven trató en vano de zafarse de su opresor. En el desesperado forcejeo arrancó la capucha del siniestro personaje.

Diana quedó paralizada.

Muda de terror.

La luz del quinqué iluminó aquel rostro. Sus facciones ocultas por espeso pelaje gris. Sus ojos, como diminutas bolas de fuego, carecían de párpados. Por el deforme boquete de su boca asomaba una lengua casi rojiza. Largos y afilados colmillos...

Tras el espasmo de terror que paralizó sus sentidos, Diana profirió un desgarrador alarido.

Pero nadie acudiría en su ayuda.

Diana estaba inmóvil.

Con los ojos abiertos.

Contemplando cómo la luz del quinqué se alejaba hacia el cuarto de baño hasta desaparecer. La estancia quedó nuevamente envuelta en la oscuridad.

La muchacha siguió inmóvil.

Ni tan siquieraladeó la cabeza al oír abrir la puerta y encenderse la luz del dormitorio.

—Buenos días, señorita Frankel.

Reconoció la voz.

Era la voz de la vieja bruja.

Aquello hizo reaccionar a Diana. Con violencia. Con desesperación. Saltó del lecho corriendo hacia la mujer.

—¡Allí!... ¡En el cuarto de baño!... ¡Está allí!...

La vieja, que portaba en sus manos una bandeja, parpadeó perpleja.

—¿Quién?

—Es él... el monstruo... ¡Está ahí!...

La mujer suspiró resignada. Depositó la bandeja en la mesa empotrada acudiendo hacia la sala de baño.

Abrió la puerta.

En la contigua estancia no había nadie.

—Bien, señorita Frankel... ¿Quién se supone que debería estar ahí?

Diana se aproximó con vacilante paso. Con incrédulos ojos contempló el vacío cuarto de baño. Fue incapaz de articular palabra.

—Tome el desayuno, señorita Frankel. Tostadas, mantequilla, mermelada, zumo de naranja... ¿Quiere que me espere?

—Sí, por favor...

—Puede llamarme Bertha. Ése es mi nombre.

Nuevamente las náuseas se apoderaron de Diana. Le parecía que tan sólo habían transcurrido unas horas desde la cena. Tomó el zumo de naranja y algunas tostadas. Con nulo entusiasmo.

Bertha abrió el ventanal.

Los rayos del sol se filtraron con fuerza.

La mujer efectuó una superficial limpieza ordenando la cama. Volvió a cerrar la hoja de madera de la ventana. Herméticamente.

—¿Por qué no deja abierto?

—Lo lamento, señorita Frankel. No está permitido. Lo he hecho simplemente para ventilar un poco la habitación. ¿Ya ha terminado?

—Sí... ¿Cuándo podré ver al doctor Shavelson?

—No puedo responder a esa pregunta, señorita Frankel. Adiós.

Diana contempló angustiada la marcha de la mujer. Incluso aquella bruja era una agradable compañía.

Nuevamente quedó sola.

Los ojos de Diana fueron hacia la abierta puerta del cuarto de baño. No se atrevió a ir allí. Estaba segura. Aquel monstruo encapuchado se había ocultado allí.

Sin embargo...

Diana ocultó el rostro entre sus manos.

No.

No estaba loca.

El diabólico hombre lobo había estado allí...

En ese momento se abrió la puerta de la habitación para dar paso a Charles Convay. Seguido de Bertha. La mujer portaba una bandeja.

—Buenas noches, señorita Frankel... Hoy la cena es exquisita.

Diana sintió que todo giraba vertiginosamente a su alrededor.

Sus piernas vacilaron incapaces de sostenerla. Algo le impedía respirar. Como si una mano misteriosa atenazara su corazón. Sus labios balbucearon trémulos.

—¿La... cena?

Bertha sonrió cordial.

—Debe perdonamos, querida. Nos hemos retrasado. Éste es ya el último turno. Supongo que tendrá hambre, ¿verdad?

Diana parpadeó repetidamente.

Se pasó el dorso de la mano por la frente. Como deseando despertar de una horrible pesadilla. Hacía tan sólo unos minutos que había tomado el desayuno. Vio los rayos del sol inundar la habitación.

Y ahora...

—¿Se encuentra bien, señorita Frankel? —inquirió Bertha con una sonrisa muy poco favorecedora—. ¿Le ocurre algo?

Diana reaccionó furiosa.

Abalanzándose sobre la mujer y haciendo saltar la bandeja por los aires.

—¡Malditos!... ¡Conozco vuestros propósitos!... Queréis confundirme, ¿no es cierto? ¡Volverme loca! ¡Ahora es de día! ¡Hace unos diez minutos me fue servido el desayuno!... No soy presa fácil. ¡No caeré en vuestros burdos engaños! ¡No lo conseguiréis, malditos!...

Charles Convay se adelantó unos pasos.

Para propinar una violenta bofetada a la muchacha.

—Esto te calmará. ¿Tienes idea de lo que le ocurre, Bertha?

—No, Charles —replicó la vieja recogiendo los platos del suelo—. Esta mañana tomó el zumo de naranjas y las tostadas. El almuerzo también lo tomó con tranquilidad. El doctor Shavelson la examinó y...

—¡Mientes!... ¡Estás mintiendo, maldita bruja! —volvió a exclamar Diana—. Puedo demostrar vuestros embustes con sólo abrir la ventana. ¡El sol entrará a raudales!

Charles Convay dibujó una mueca de fastidio en su rostro.

—Bueno, nena. Abriré la ventana... y después tomarás la cena.

Un pequeño candado sujetaba la hoja de madera. Convay

manipuló hasta abrir el ventanal.

Las bellas facciones de Diana se desencajaron. Su rostro reflejó incredulidad. Angustia. Desesperación. Terror...

Desde el ventanal era visible el estrellado cielo. El negro manto de la noche presidido por una luna llena y su corte de parpadeantes estrellas.

Diana retrocedió mortalmente pálida.

Moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No... ¡Nooo!...

—Procure calmarse, señorita Frankel.

No fue escuchado el consejo de Bertha.

Diana gritó con más fuerza.

—¡Nooo!... ¡No estoy loca!... ¡No estoy loca!... Intentó precipitarse hacia la puerta de salida, pero Charles Convay se lo impidió sujetándola con violencia.

—¡Bertha!... Avisa a Glenn y Ernest. Que acudan con una camisa de fuerza —Convay rió en satánica mueca—. Diles que preparen también la sala de baños. Opino que Diana Frankel necesita una ducha fría.

CAPÍTULO VIII

Centro Psiquiátrico Shavelson.

A una milla de Dorns Valley.

Sobre una extensa zona de terreno. Una alta muralla circundaba la clínica. La verja de entrada al recinto cerrada.

Dos guardianes la custodiaban.

Frank Duggan detuvo el «Chevrolet». Encendió un cigarrillo en espera de que uno de los guardianes se aproximara.

—¿Motivo de su visita?

—Soy Frank Duggan. El doctor Shavelson me ha...

—¡Ah, sí!... Ya nos han informado —interrumpió el guardián haciendo una seña a su compañero—. Puede pasar, Duggan. A la izquierda encontrará el *parking*.

—Gracias.

La pesada verja se abrió.

Duggan puso en marcha el vehículo.

Tal como le había sido indicado dobló el volante a la izquierda. Hacia un terreno destinado a estacionamiento.

Descendió del auto.

Los grises ojos del detective trazaron una amplia mirada.

Contemplando todo aquello con asombro.

El Centro Psiquiátrico Shavelson era como un descomunal *bungalow*. De planta circular. De él nacían una especie de túneles que conducían a los anexos. Cuatro eran los pabellones que se unían al edificio principal. Vista desde arriba la construcción semejava a una gigantesca araña de cemento.

Aunque lo más sorprendente era el aspecto exterior. En el espacioso jardín con pinada. En las dos piscinas. En las terrazas. En la pista de tenis...

Hombres y mujeres se divertían entre alegres risas.

Aquello era como un balneario para gente pudiente.

Frank Duggan recorrió el asfaltado sendero que conducía al edificio.

Junto al trampolín de la piscina reconoció a James Parsons. Propietario de la importante Parsons Oil. Un individuo barrigudo y grasiento. Se entretenía correteando tras una pelirroja en bikini.

La pista de tenis muy concurrida.

Otros tomaban plácidamente el sol en cómodas tumbonas instaladas en las terrazas. Los guardianes y enfermeros parecían más bien disciplinados camareros. Deambulaban por el jardín sirviendo toda clase de bebidas.

Sí.

Aquello era como un club de millonarios.

Frank Duggan penetró en el edificio principal.

El *hall* era espacioso. Acogedor. Puede incluso que pecara de confortable. Decoración muy distinta a la de las clásicas clínicas para enfermos mentales.

El detective acudió al mostrador de recepción.

No pudo evitar un leve parpadeo. Deslumbrado por la belleza de la muchacha que manejaba la centralilla telefónica.

Muy joven y bonita.

De unos veintidós años. Rostro sensual enmarcado por la negra mata de su pelo. Sus ojos también eran negros. Rasgados. La nariz deliciosamente respingona. Y los labios... Unos labios gordezuelos, húmedos, de suave y tentadora curva... Lucía una corta bata blanca que modelaba la perfección de su busto y la redondez de sus caderas. Sus piernas enfundadas en medias oscuras.

—¿Qué desea, señor?

Duggan no dijo lo que realmente deseaba en aquel momento.

Hubiera escandalizado a la muchacha.

—Soy Frank Duggan. Me han prometido un puesto de trabajo, pero ignoro a quién debo dirigirme.

La joven sonrió.

—El doctor Shavelson quiere hablar con usted. Le anunciaré su llegada.

La recepcionista manipuló en la centralilla telefónica.

—Doctor Shavelson... El señor Duggan acaba de llegar.

Frank Duggan encendió un nuevo cigarrillo. Con la mirada fija en las piernas de la muchacha. Al permanecer sentada la corta falda

subía muy por encima de la mitad del muslo.

—El doctor Shavelson le espera. Al final del corredor. La última puerta de la izquierda.

—¿Cuál es tu nombre?

—Stella.

—Tienes una carrera en la media izquierda, Stella.

La muchacha se llevó instintivamente la mano a la pierna izquierda. Al no ver ninguna rotura subió un poco más la falda. Pronto se percató del engaño y el rubor acudió a sus mejillas.

Dirigió una furiosa mirada a Duggan, pero éste ya se alejaba con una burlona sonrisa en los labios.

Recorrió el largo pasillo hasta detenerse en la puerta indicada. No se molestó en pedir autorización para entrar. Hizo girar el picaporte penetrando en la estancia.

Un amplio y lujoso despacho-biblioteca. Con mobiliario severo. Tras la mesa escritorio un individuo de unos treinta y cinco años. Rostro de correctas facciones. Se cubría con una blanca bata.

Se incorporó ante la entrada de Duggan.

—¿Frank Duggan?

—Ajá.

—Siéntese, por favor. Yo soy el doctor Herbert Shavelson.

Duggan se acomodó en uno de los sillones de negra piel. Aceptó uno de los cigarrillos ofrecidos por Shavelson.

—Le consideraba más...

—¿Más viejo? —concluyó Herbert Shavelson, con una sonrisa—. Sí. Todos esperan ver en el doctor Shavelson a un hombre de canosos cabellos. Yo heredé la clínica de mi padre. El la fundó, pero no tal como ahora se ve. Mi padre fue un idealista. No aceptaba a los millonarios excéntricos que ahora acuden en busca de reposo.

—A decir verdad, ninguno parece necesitar cuidados psiquiátricos. Les he visto jugando al tenis, tomar el sol, bañarse, beber...

—No son realmente enfermos, Duggan. Padecen de los nervios. ¿Y quién no en el mundo actual? Aquí les proporcionamos paz y tranquilidad. También procuramos quitarles ciertos complejos. La mayoría de los clientes acuden por infidelidad conyugal o bien por exceso de trabajo. Eso les ocasiona depresión, cansancio, pesimismo... Aquí les ayudamos. Merced a ellos el Centro

Psiquiátrico Shavelson goza de saneada economía. Mi padre fracasó y murió arruinado. Yo he cambiado el sistema. No siento escrúpulos en aceptar a histéricos millonarios. He convertido la clínica en una de las mejores de California. Bien..., creo que nos desviamos del tema de nuestra entrevista, ¿no es cierto, Duggan?

—Un poco.

—Dany Brooke me habló de usted. De su amistad. Quiere trabajar aquí. ¿Por qué?

—Creí que Brooke se lo había comentado. Mi trabajo será eventual. Estoy atravesando un mal momento y necesito algún dinero.

—Brooke es un buen amigo. ¿No le ofreció dinero?

—No acepto dinero si puedo ganarlo por mis medios.

—Comprendo, Duggan. Únicamente me sorprende el deseo de trabajar en una clínica psiquiátrica. ¿Le advirtió Dany Brooke que sería en el pabellón «D»?

—Sí. Y no me importa.

—Le vi llegar en un magnífico «Chevrolet». ¿Por qué no lo vende? Con ello obtendría el dinero que necesita. Aunque... no, no puede ser. El famoso detective Frank Duggan no puede ir por San Francisco en los viejos tranvías. Le restaría prestigio.

Duggan no se inmutó.

—¿Quién le ha informado, Shavelson?

—El doctor Donald Ekland. También conozco los motivos que le impulsan a querer entrar en el Centro. Se trata de Diana Frankel. ¿Correcto?

—Sí.

Herbert Shavelson se reclinó en el sillón giratorio.

Contemplando fijamente a su interlocutor.

—No le comprendo, Duggan. Resulta absurdo que un detective de su categoría de crédito a las fantásticas historias de una esquizofrénica. Diana Frankel se encuentra muy mal. Su estado empeoró. De ahí que el doctor Ekland adelantara su internamiento. Donald Ekland y yo cambiamos impresiones. Me mencionó que Diana había acudido a un detective privado. Imagino la historia que le contó.

—¿De veras?

—¿Le informó de lo ocurrido con su madre y hermana? Su

madre sufrió una terrible experiencia en Tennessee. Vio asesinar brutalmente a su marido y luego ella fue forzada por cinco hombres fanáticos del Ku-Klux-Klan. Jamás consiguió borrar aquello de su mente. Ni un solo instante. Enloqueció. Diana heredó el mal de su madre. Al igual que ocurrió con su hermana Sarah. Los mismos síntomas en ambas.

—El hombre lobo.

Shavelson sonrió en triste mueca.

—Sí... Esa absurda aparición es fruto de su enfermiza mente. Diana nos culpa también de la muerte de su hermana. Considera al doctor Ekland como a un enemigo. Sufre continuas alucinaciones que paulatinamente empeoran su estado. Se resiste a un tratamiento... Llegó ayer por la tarde. Más o menos a esta misma hora.

—Habló conmigo por la mañana. No parecía...

—Empeoró por la tarde, Duggan. Por ello el doctor Ekland decidió actuar cuanto antes.

—Le agradezco que no permitiera seguir con mi engaño. Ha sido sincero y yo también quiero serlo, Shavelson. La historia de Diana Frankel es, como usted bien dice, absurda; sin embargo, encuentro algunos puntos oscuros que deseo investigar. No sospecho del Centro Psiquiátrico Shavelson, pero me gustaría continuar mis pesquisas.

—¿Aquí?

—Sí.

—No lo considero conveniente, Duggan. Diana ha sido recluida en el pabellón «D». El personal de aquella zona es especializado. Hombres expertos en el contacto con locos peligrosos. Muchos de ellos con instintos criminales. Sus familiares los internan aquí y se limitan a pagar los honorarios sin preocuparse de nada más. Esos enfermos son peligrosos. Usted no puede deambular por el pabellón y correr el riesgo de...

—No me he explicado con claridad, Shavelson —interrumpió con firme voz—. No es mi intención molestar a los pacientes. Sólo deseo estar cerca de Diana y ayudarla.

—Nosotros estamos aquí para ello, Duggan.

Los dos hombres se miraron a los ojos.

Fijamente.

Enfrentándose.

—No lo dudo, Shavelson. Pero deseo comprobarlo personalmente. Quiero ver el tratamiento que se sigue con Diana Frankel. Ella es mi cliente y debo velar por su seguridad.

—No se lo permitiré. En ningún centro sanitario se consiente que un intruso, un profano en la materia, juzgue la actuación de los médicos.

—Bien... En ese caso haré que otro psiquiatra acuda aquí con plenos poderes e investigue si el tratamiento que se emplea con Diana Frankel es el más adecuado. Eso sí puedo hacerlo, Shavelson.

—No le entiendo, Duggan..., juro que no le comprendo... ¿Cree acaso en la historia de Diana? ¿Sospecha del doctor Ekland, de mí, de nuestro personal?...

—Únicamente su modo de obrar me resulta sospechoso.

Herbert Shavelson inspiró profundamente.

—De acuerdo. ¿Qué quiere realmente?

—Estar cerca de Diana Frankel.

—¿Hasta cuándo?

Duggan quedó unos instantes en silencio.

Interiormente reconocía comportarse como un estúpido.

—Hasta que compruebe si Diana Frankel es en realidad una enferma mental.

Shavelson volvió a sonreír con tristeza.

—Lamentablemente, ese momento ha llegado ya.

—¿Qué quiere decir?

—Ya le mencioné el lamentable estado en que llegó Diana Frankel. Pasó la tarde y la noche víctima de horribles visiones. Asegura que se le apareció ese... ese hombre lobo. Ahora, encapuchado como un miembro del Ku-Klux-Klan. Y además...

—Siga, Shavelson.

—Diana afirma que fue forzada. ¿Se da cuenta, Duggan? Cree revivir la misma experiencia que su infortunada madre cuando fue brutalmente atacada por aquellos hombres.

—Pero eso ocurrió hace muchos años. Diana no había nacido aún; además, no se mencionan hombres lobo en la historia de Tennessee.

—Se equivoca, Duggan. El marido de su madre, el hombre negro que colgaron de un árbol y mutilaron, fue devorado por los lobos.

Todo eso es asociado por la enfermiza mente de Diana.

Duggan ya no supo qué responder.

Estuvo tentado de dar la razón a Herbert Shavelson y largarse de allí.

Pero algo le retuvo.

Su palabra dada a Diana Frankel.

—¿Puedo verla?

—¿A Diana? Por supuesto, Duggan. Precisamente cuando usted llegó estaba con ella. Iniciando el tratamiento de psicoanálisis. Se encuentra en la habitación contigua. Sígame.

Shavelson se incorporó, siendo imitado por el detective.

Fueron hacia una puerta situada junto al mueble biblioteca. El doctor Shavelson empujó la hoja de madera, penetrando en la estancia contigua.

Muy poco amueblada.

Un diván, una silla y una pequeña mesa.

Diana Frankel estaba sentada en el diván.

Con la mirada ausente. Perdida en un indefinido punto. No giró la cabeza ante la llegada de los dos hombres.

Frank Duggan se estremeció. Como si deslizaran un trozo de hielo por su espalda.

Diana estaba demacrada. Con profundas ojeras. Pálida como un cadáver. Su lamentable estado se acentuaba con aquel gris uniforme.

—Hola, Diana...

La muchacha no respondió al saludo de Duggan. Éste se sentó junto a ella. Fue entonces cuando los ojos de Diana se posaron en el detective. Entreabrió sus trémulos labios para susurrar con leve voz:

—¿Quién es usted?...

CAPÍTULO IX

—Ya se lo advertí, Duggan. Diana Frankel ingresó ayer en muy lamentable estado. Pasó la noche víctima de horribles alucinaciones. Esta mañana, lejos de experimentar mejoría, reaccionó con violencia. Creía ver encapuchados del Ku-Klux-Klan por todas partes. Pero no soy pesimista y opino que pronto se restablecerá.

Duggan no hizo ningún comentario.

Permaneció en silencio.

Succionando nerviosamente el cigarrillo.

Le había impresionado el demacrado aspecto de Diana. Su expresión ausente. El hecho de que no le reconociera...

—¿Cuándo llegó Diana al Centro?

—Pues..., aproximadamente, a las cuatro de la tarde de ayer.

Frank Duggan consultó su reloj.

—Veintisiete horas... ¿Cómo diablos puede haber empeorado de tal forma? ¡No me reconoció! ¿Por qué? Ayer parecía...

—Está enferma, Duggan. ¿No lo comprende? Sufre alucinaciones, horribles pesadillas que van acentuando las lesiones de su enfermiza mente. Si confiara en mí sería distinto, pero Diana nos considera enemigos. Al doctor Ekland, a mí... Así es más difícil ayudarla. El procedimiento es más lento y penoso. Debemos ganarnos su amistad y sólo así...

—Quiero hablar con ella.

Herbert Shavelson, nuevamente acomodado tras la mesa de su despacho, arqueó las cejas.

—¿Hablar con Diana? ¡Es un extraño para ella, Duggan! No podrá mantener una conversación sin que...

—Quiero intentarlo. A solas con Diana.

La firme y decidida voz del detective convenció a Shavelson.

—Como guste... Deseo que se percate de su error.

El doctor pulsó una palanca del interfono.

—Avisen a Charles Convay. Que acuda de inmediato a mi despacho.

Duggan permanecía en pie. Dando grandes zancadas por el espacioso despacho. Fue hacia la mesa para aplastar el cigarrillo en el cenicero.

—¿Quién es ese Convay?

—El encargado de la seguridad en el pabellón «D». Le conducirá hasta la habitación de Diana. Espero que con ello se dé por satisfecho, Duggan.

—Si estoy equivocado, será un placer el disculparme. Tenga por seguro que no me agrada el papel que desempeño, pero Diana Frankel es mi cliente y debo convencerme de que nada...

Shavelson le interrumpió con un ademán.

—Aceptaré sus disculpas cuando llegue el momento.

Sonaron unos golpes a la puerta. Ésta se abrió sin esperar la autorización correspondiente.

Charles Convay penetró en el despacho.

Con el uniforme azul pálido. Con la cachiporra de goma al cinto.

—El señor Duggan desea hablar en privado con Diana Frankel —anunció Shavelson con voz carente de inflexión—. Ignoramos la posible reacción de Diana. Permanezca cerca de la habitación, Convay.

—Muy bien, doctor.

Duggan y Convay abandonaron el despacho.

Recorrieron un alfombrado pasillo hasta llegar a una especie de túnel que conducía a uno de los anexos. Al pabellón «D». Una puerta de acero era custodiada por dos individuos.

Fue franqueada a una indicación de Charles Convay.

Se adentraron en la siniestra sección «D».

El rostro de Convay reflejaba una extraña mueca. La cicatriz de su mejilla se agrandó, acentuando el nauseabundo tono verdoso. Se detuvo ante una de las puertas del corredor. Extrajo una llave que sin duda servía para todas las habitaciones.

Empujó la puerta, haciéndose a un lado.

Frank Duggan penetró en la estancia ignorando la irónica mirada del individuo. Durante el trayecto no habían intercambiado una sola palabra.

La acolchada puerta se cerró.

Duggan no pudo evitar una extraña sensación de temor. Impresionado por la frialdad de aquellas cuatro paredes. Por aquel espeluznante silencio...

Diana estaba sobre el lecho.

Con los ojos abiertos y fijos en el techo. Inmóvil. Ajena a la presencia de Duggan.

El detective llegó junto a ella, cogiendo con suavidad una de sus manos.

—Diana...

La muchacha no pareció oírle. Siguió rígida.

—Soy Frank... Frank Duggan..., ¿no me recuerdas?... ¿Qué te han hecho, pequeña? ¿Qué te han hecho?

Súbitamente, la mano de Diana se crispó entre las de Duggan. Éste descubrió en el brazo femenino unos diminutos puntos. Había sido inyectada.

El detective apretó con fuerza las mandíbulas.

Dominado por la ira.

Creía en Diana. Era víctima de un diabólico plan que no lograba descubrir. Pero la respuesta estaba allí. En el Centro Psiquiátrico Shavelson. No debía precipitarse. Lo prudente era actuar con astucia. Desenmascararles.

Estaba solo contra ellos.

Sí.

Debía actuar con cautela.

Se inclinó sobre la muchacha.

—¿Puedes oírme, Diana?... Estamos solos en la habitación. Si hay algún micrófono oculto no escucharán nuestras palabras. Estamos solos... Soy Frank Duggan... ¿Me recuerdas?...

Los labios de la joven se entreabrieron.

—Sí... Antes estaba aturdida... Ayúdame, Frank... Quieren matarme...

—Yo lo impediré.

—Frank..., ¿qué día es hoy?... ¿Cuándo me internaron?

Duggan no se sorprendió por aquellas incongruentes preguntas. Se hacía cargo del desconcierto de la muchacha.

—Te internaron ayer al mediodía. Yo acudí a la cita a tu apartamento y ya no estabas.

—Ayer...

—Sí, Diana.

—Sólo... sólo llevo una noche...

—Eso es. Unas treinta horas.

—Dios mío... Gracias, Dios mío...

Las lágrimas asomaron a los ojos de Diana.

—¿Qué te ocurre, Diana?

—Ellos... ellos querían hacerme creer que llevaba aquí varios días... Me sirvieron el desayuno y a los pocos minutos la cena... Yo... yo..., por la ventana, vi los rayos del sol y luego la oscuridad de la noche... Me llevaron a una sala y tras varias duchas frías me inyectaron... Comencé a gritar..., a gritar... El monstruo volvió a aparecer, Frank.

—¿Encapuchado como un miembro del Ku-Klux-Klan?

—Sí.

—¿Era... era ese misterioso hombre lobo? —inquirió Duggan, consciente de lo absurdo e irreal de su pregunta.

—Sí.

—¿En las anteriores apariciones utilizó ese disfraz?

—No. Ayer... ayer... fue horrible... horrible... Me pareció vivir una noche eterna. Me hicieron vivir una segunda noche inexistente. Y en esa segunda noche...

—Sigue, Diana. ¿Qué ocurrió?

—Llegó ante mi otro encapuchado. Otro miembro del Ku-Klux-Klan. No era ese monstruoso ser. Vi sus facciones. Era un hombre joven y atractivo... Dijo que estaba maldita..., que había heredado la maldición de mi madre...

—Tal vez fue una pesadilla. Te inyectaron y...

—No, Frank. No fue una pesadilla.

De pronto, Diana profirió un alarido, quedando sentada en el lecho. Con sus desorbitados ojos fijos en la puerta del cuarto de baño.

Comenzó a gritar:

—¡Está ahí!... ¡Está ahí!... ¡Mátale, Frank!... ¡Mátale!...

—Tranquilízate, Diana. Estamos solos.

—¡No es cierto!... ¡No es cierto!... ¡Tú también eres uno de ellos! ¡También tú quieres matarme!

La muchacha se abalanzó sobre Duggan. Tratando de arañarle el

rostro. De arrancarle los ojos.

Duggan propinó una violenta bofetada a la joven. Ésta ocultó el rostro entre sus manos, sollozando entrecortadamente.

El detective fue hacia el cuarto de baño.

Lo inspeccionó detenidamente. Algo le llamó la atención, pero se abstuvo de comprobar sus sospechas. Temía que siguieran sus movimientos por circuito cerrado de televisión.

Retornó al dormitorio, encaminándose directamente hacia la puerta de salida. La golpeó una y otra vez. Con fuerza.

Charles Convay acudió a abrir.

—¿Ya ha terminado, señor Duggan?

Frank Duggan estuvo tentado de borrar la sonrisa del individuo de un trallazo. Se dominó. Sin girar la cabeza hacia Diana, abandonó la habitación.

—Un momento, Duggan —dijo Charles Convay, cerrando la puerta con llave—. Debo acompañarle. Nadie puede caminar sin escolta por el pabellón «D». Resulta muy...

Unos súbitos gritos interrumpieron a Convay.

Por el ancho pasillo de la sección «D» corría un hombre. Perseguido por tres individuos.

—¡Detenedle!... ¡Que no salga de aquí! —gritaba su perseguidor más próximo.

Charles Convay profirió una soez maldición. Su diestra se apoderó de la cachiporra de goma dispuesto a intervenir.

Duggan contemplaba todo aquello perplejo.

El individuo perseguido parecía ser uno de los guardianes. Al menos vestía igual que los demás.

Fue alcanzado por uno de sus seguidores.

El perseguido demostró ser un perfecto luchador. Propinó un salvaje puñetazo a su atacante y se libró de su segundo enemigo de ágil salto a la vez que le aplicaba un mortal golpe de karate. No se percató de que Charles Convay le acechaba por la espalda.

Cuando quiso reaccionar, ya era demasiado tarde.

Convay le golpeó brutalmente con la cachiporra. Una y otra vez. Hasta que el hombre se desplomó de bruces sin sentido.

—¿Qué diablos ha ocurrido? —preguntó Convay a los guardianes que estaban junto al caído.

—Le sorprendimos junto a...

El guardián que hablaba enmudeció ante la llegada de Duggan.

El detective sonrió burlón.

—¿Ya ataca a sus propios hombres, Conway? Era uno de sus guardianes, ¿no? Al menos lleva el uniforme.

Charles Conway era un individuo de reflejos.

—Se equivoca. Este hombre es uno de los pacientes más peligrosos. Sin duda se apoderó de uno de nuestros uniformes. ¿No es cierto, muchachos?

Los tres guardianes asintieron a la vez que colocaban al caído en una camilla.

Frank Duggan palideció al ver el rostro de aquel hombre.

Le conocía.

Fue su compañero años atrás.

Era Kurt Mac Kencie.

Un agente del FBI.

Frank Duggan recorrió con despreocupado paso el espacioso *hall* del edificio principal. Stella, la bella muchacha de recepción, ya no estaba tras el mostrador.

—¡Duggan!

El detective giró.

Vio al doctor Shavelson avanzar con un cuaderno, entre sus manos. Salía de una de las habitaciones. Sin duda efectuaba el recorrido visitando a sus pacientes.

—¿Se marcha?

—Sí, Shavelson.

—¿Cómo le fue su entrevista con Diana?

Nuevamente Duggan hizo alarde de autocontrol. Incluso sonrió falsamente cordial.

—Me temo que debo pedirle disculpas, Shavelson. Me resultó imposible entablar conversación con Diana. No coordinaba las palabras, desvariaba, sin reconocirme... Si no le importa, mañana lo intentaré de nuevo. De no conseguir un resultado satisfactorio, abandonaré el caso. Convencido de la locura de Diana Frankel.

Herbert Shavelson sonrió.

Complacido de aquella decisión.

—Puede que mañana encuentre a Diana más mejorada. Mi deseo es que hable con ella y compruebe su verdadero estado. Diana

Frankel está muy enferma. Mañana la visitará el doctor Ekland. Uno de los mejores psiquiatras de California. Podrá cambiar impresiones con él si lo desea.

—Gracias por todo, Shavelson.

Duggan se encaminó hacia la salida.

Se cruzó con dos camilleros. Conducían a James Parsons. Al barrigudo millonario de la Parsons Oil. El individuo iba muy sonriente.

Frank Duggan retrasó deliberadamente su salida del edificio. Se detuvo junto a la puerta, encendiendo un cigarrillo. Vio al doctor Shavelson inclinarse sobre la camilla y cruzar unas palabras con James Parsons.

También se percató de que Herbert Shavelson desviaba su mirada hacia él. Aquello obligó al detective a abandonar el edificio.

Las dos piscinas, pese a que el sol ya empezaba a ocultarse, estaban muy concurridas. Música ambiental. Bebidas... Así reponían sus destrozados nervios los *poderosos*. Los forrados de dólares.

Duggan llegó a la zona de aparcamiento.

Paseando nerviosamente por entre los coches allí estacionados, descubrió a Stella. La muchacha ya no lucía su blanca bata.

Frank Duggan la encontró aún más seductora.

Con un minivestido en algodón rojo abotonado hasta la cintura y zapatos también rojos de alto tacón. Un juvenil modelo que resaltaba la perfección de su bien formado cuerpo.

—Hola, Stella. ¿Me estás esperando?

La joven sonrió.

Aceptando el tuteo.

—No, Frank. Lamento desilusionarte. Espero a otra persona.

Duggan abrió la portezuela de su «Chevrolet».

—¿De veras? Pues esa persona no es digna de ti, Stella. El hacerte esperar no tiene perdón. Estoy pensando...

La sonrisa de Stella se tomó sensual. Su diestra sostenía un cigarrillo emboquillado que llevó a los gordezuelos labios. Lo succionó voluptuosamente.

—Sigue, Frank.

—Pues en dar un escarmiento al fulano que estás esperando. Se lo merece. Te invito a cenar.

—No, Frank.

Duggan se encogió de hombros.

—Bien... Debe ser un hombre extraordinario para que le resultes tan fiel. ¿Conozco a tan afortunado mortal?

—Creo que sí. Tú eres el nuevo enfermero para el pabellón «D», ¿verdad? Estaba presente cuando Dany Brooke habló con el doctor Shavelson. La persona a quien estoy esperando es también enfermero de la sección «D». Si has aceptado el trabajo, pronto te relacionarás con él.

—¿Cuál es su nombre?

—Mac Kencie. Kurt Mac Kencie.

Duggan entornó los ojos.

Dirigiendo una penetrante e inquisitiva mirada a la muchacha.

Sonrió fríamente.

—¿Mac Kencie?... Es curioso.

—¿Qué te sorprende?

—Acabo de abandonar el pabellón «D» tras presenciar una emocionante escena. A tiempo de ver cómo conducían a Kurt Mac Kencie a una de las celdas de castigo. La destinada a los locos más peligrosos.

La sangre huyó del bello rostro de Stella. También se borró la sonrisa de sus carnosos labios.

—¿Es... es cierto eso?

—Ajá.

—¿Por qué? ¿Por qué han encerrado a Kurt?

—Según Convay, tu amigo Kurt Mac Kencie es uno de los pacientes del pabellón «D». Uno de los más peligrosos.

Stella palideció como la azucena.

—¡Eso es falso!... Kurt trabajaba de enfermero en esa sección. Llevaba ya varias semanas.

Los ojos de Duggan brillaron burlones.

—¿Enfermero?... Creí que era un agente del FBI.

La palidez se acentuó en el rostro de la muchacha. Con atemorizados ojos, trazó una rápida mirada a izquierda y derecha. Temiendo que alguien hubiera escuchado aquellas palabras.

Posó nuevamente sus ojos en Duggan.

En inquisitiva mirada.

—¿Quién eres realmente, Frank?

—Primero tú, nena. No tienes aspecto de vulgar recepcionista ni enfermera. ¿Trabajabas con Mac Kencie?

Stella dudó unos instantes.

Se decidió a hablar.

—Sí. Soy Stella Curtís. Agente del Federal Bureau of Investigation.

CAPÍTULO X

Estaban llegando a Dorns Valley.

Frank Duggan, sin descuidar el volante, dirigió una rápida mirada a la muchacha. Principalmente a sus piernas. El minivestido mostraba generosamente los muslos femeninos.

—Es la primera vez que veo a un agente del FBI con tan bonitas piernas. Recuerdo que cuando me expulsaron, allá a principios del año 1972, iban a ingresar los primeros agentes femeninos.

—¿Te expulsaron? ¿De dónde?

—Del Federal Bureau of Investigation —rió Duggan—. Sí, nena. Yo también fui valeroso *G-man*. Destinado en Nueva York. Allí conocí a Kurt Mac Kencie. Un magnífico muchacho. Trabajamos juntos en alguna misión.

La joven contempló con curiosidad a Duggan.

—¿Por qué te expulsaron del FBI?

—Desobedecí una orden. Ya era reincidente en ello. Estaba advertido, y sin embargo... Me ordenaron capturar con vida a Ed Simonelli. Supuesto culpable del asesinato y violación de una chiquilla de catorce años. Llegué ante Simonelli, destacado y poderoso miembro del Sindicato del Crimen. Entre burlonas carcajadas me confesó su crimen, pero también me advirtió de que no encontraríamos ninguna prueba contra él. Que su legión de abogados le sacarían con bien del asunto. El muy hijo de perra tenía razón. Le provoqué. Intentó liquidarme. Le vacié el cargador de mi revólver en la cabeza. Aquél fue mi error. Una sola bala era suficiente. El vaciar el cargador no fue bien visto por el inspector Richard Rydell. Ello, unido a mis anteriores insubordinaciones, me valió la expulsión.

—¿Estabas a las órdenes del inspector Rydell?

—Sí. Era mi SAC. Ya sé que ahora está destinado en San Francisco.

—Yo estoy a sus órdenes —comentó Stella—. También Mac Kencie. Estamos investigando en el Centro Psiquiátrico Shavelson.

—¿Qué cosa?

—Asunto confidencial, Frank. *Top secret*. No puedo decirte nada. Incluso hice mal en mencionar que soy agente del FBI.

Duggan se encogió de hombros.

Con fingida indiferencia.

—Como quieras..., aunque opino que los dos seguimos una misma presa. Al ir por distintos caminos tal vez nos estorbemos mutuamente. Y eso sería muy lamentable.

—No podemos seguir un mismo fin, Frank. Tú deseabas trabajar en el Centro Shavelson.

—Era una disculpa para entrar, pero me descubrieron. Ya saben que soy detective privado.

—¿Detective?

—Sí, nena. ¿Se te revuelve el estómago?

—¿Quién es tu cliente? ¿Qué misión te ha encomendado?

Duggan rió en alegre carcajada.

—Eres muy graciosa, Stella. Voy a Seguir tu ejemplo. *Top secret*. No te diré una sola palabra. Como comprenderás no me impresiona el que seas agente del FBI. Conozco bien el pastel. Lo único que me impresionan son tus piernas.

El «Chevrolet» ya recorría la avenida principal de Dorns Valley.

Stella inspiró profundamente.

Haciendo que sus túrgidos senos resaltaran desafiantes bajo la tela del vestido.

—Muy bien, Frank. Actuaremos juntos. Creo que necesitare ayuda para rescatar a Kurt Mac Kencie.

—Celebro ese cambio de opinión, Stella. Tengo habitación en el Dixon. Allí hablaremos con tranquilidad.

—No. Mejor en mi apartamento.

Duggan entornó los ojos.

Devorando a la joven con la mirada.

—Una magnífica idea que...

—No te hagas ilusiones, Frank. No vamos al Dixon porque su propietario, Dany Brooke, trabaja para Shavelson.

—¿Estás segura de eso?

La muchacha movió afirmativamente la cabeza.

—Por supuesto, Frank. Hacia la izquierda. Sigue recto...

Duggan giró el volante, descendiendo por una de las bocacalles de la avenida. Siguiendo las instrucciones de Stella, detuvo el coche ante un grupo de casas de una sola planta. Alineadas en fríos *bungalows*.

Abandonaron el «Chevrolet».

Stella extrajo las llaves de su bolso de mano.

—Alquilé esta pequeña vivienda. Kurt Mac Kencie pernoctaba en el Centro Psiquiátrico Shavelson. ¿Ya has cenado, Frank?

Penetraron en el *bungalow*.

—No recuerdo la última vez que probé bocado. Una serie de acontecimientos me han quitado el apetito.

—No soy buena cocinera, pero tengo algunas latas en el frigorífico.

—Prefiero empezar por un *whisky*.

—Muy bien.

Pasaron al salón. No muy espacioso, aunque bien decorado y con mobiliario moderno.

La muchacha fue hacia el mueble-bar, apoderándose de una botella de «White Horse».

—¿Soda?

—No. Sólo hielo.

Frank Duggan se había acomodado en un sofá rojo con abotonaduras doradas. De la cercana mesa atrapó una cajetilla de «Winston», encendiendo un cigarrillo. Stella, portando los dos vasos, se sentó a su lado.

—Bien... ¿Quién empieza, Frank?

—Primero las damas.

Stella sonrió.

Arrebató el cigarrillo a Duggan para llevárselo a los gordezuelos labios. Cruzó las piernas. Indiferente al efecto que aquello causaba en el detective.

—Bueno, Frank. Espero que no me formen expediente disciplinario por revelar una misión secreta. Lo cierto es que necesito tu ayuda para rescatar a Mac Kencie.

—Desde el principio, Stella.

—De acuerdo. Desde hace algunos años se han registrado extrañas desapariciones. Hombres y mujeres han desaparecido sin

dejar rastro. En todos ellos se fijaban unas mismas circunstancias comunes. Jóvenes, residentes temporales en California y solitarios.

—¿Solitarios?

—Me refiero a personas sin familia ni hogar. Hombres y mujeres que vagan por el mundo sin que nadie les rinda cuentas ni espere su regreso. Sin que nadie llore su muerte. El FBI entró en juego merced a un tal John Dexter. Un joven culpable del robo a un Banco federal. Perdimos su pista en Dorns Valley. Misteriosamente. No fue el primer caso. Incluso las personas solitarias dejan alguna pista. Por regla general son los acreedores los que se interesan por ellos. Actualmente investigamos el paradero de catorce mujeres y veintidós hombres. Desaparecidos misteriosamente.

—¿Qué os ha conducido al Centro Psiquiátrico Shavelson?

—Se da la curiosa circunstancia de que varios de los desaparecidos fueron tratados por el doctor Donald Ekland, internados en el Centro y luego dados de alta. Sin embargo, tras abandonar la clínica, jamás se volvió a saber de ellos.

—Puede que nunca abandonaran el Centro Psiquiátrico Shavelson.

—Eso es lo que tememos. El inspector Rydell nos encargó la misión a Mac Kencie y a mí. Conseguimos sendos puestos de trabajo en el Centro. Llevamos allí ya varias semanas. Sin descubrir nada anormal. Es una clínica psiquiátrica como otra cualquiera.

—No opino igual, Stella. Quitando el pabellón «D», aquello parece un balneario de lujo. He visto a varios magnates de la industria norteamericana disfrutando como en un crucero de placer.

—Eso es normal, Frank. Un noventa por ciento de los ciudadanos tienen contacto con un psiquiatra. Los poderosos se permiten el reposar en una de esas clínicas. Reponer sus nervios alterados.

—Vi a James Parsons, propietario de la Parsons Oil, en camilla. Stella asintió.

Una tenue palidez recubrió fugazmente sus facciones.

—Sí... No es el primero. Durante mi estancia en la clínica varios hombres y mujeres, generalmente conocidos magnates, son conducidos al sótano. Y a las pocas semanas abandonan el Centro.

—¿El sótano?

—Sí, Frank. Existe un sótano en el Centro Psiquiátrico

Shavelson. Un lugar al que muy pocas personas tienen acceso. Sólo he visto bajar al doctor Shavelson, a Donald Ekland y a Harold Duvall.

Duggan arqueó las cejas.

—¿El biólogo Harold Duvall?

—Sí. ¿Le conoces?

—He oído hablar de él. Sigue, Stella.

—Poco más puedo añadir. Todos los intentos por descender a ese sótano fueron vanos. Tal vez Kurt Mac Kencie lo consiguió y por eso fue apresado.

—No me has dicho gran cosa, Stella. ¿Por qué no actúa el FBI con todo su poder? Un registro en el Centro Psiquiátrico Shavelson y...

—¿Con qué pruebas? ¿De qué acusamos a Shavelson? No tenemos nada contra él, Frank. Simples sospechas, hipótesis... Nada concreto. Sólo ahora parece haber dado un paso en falso al detener a Mac Kencie. Por supuesto ignora que se trata de un agente del FBI, pero encontrará procedimientos para hacerle hablar. No puedo solicitar ayuda al inspector Rydell..., a no ser que consiga pruebas convincentes contra Herbert Shavelson. Kurt Mac Kencie ha descubierto algo importante. Por eso debo ponerme en contacto con él cuanto antes.

—Con mi ayuda.

—Eso es, Frank. ¿Aceptas?

Duggan fingió dudar.

—Pues..., ¿qué recibiré a cambio? —Al ver el irritado gesto de la muchacha, añadió sin demora—: De acuerdo, nena. Puedes contar conmigo.

—Ahora espero tu historia, Frank. ¿Quién es tu cliente?

—Diana Frankel.

—Registré su entrada. Caso grave. Directamente al pabellón «D».

—Diana Frankel no está loca. Es víctima de un complot. De un diabólico y monstruoso plan...

El detective vació el vaso de *whisky*.

Con pausada voz, relató a Stella su encuentro con Diana Frankel. Con todo detalle. Hasta los últimos acontecimientos padecidos por la muchacha en la clínica.

Stella le escuchó con interés.

Visiblemente impresionada.

—¿Dices que Sarah Frankel fue secretaria de Harold Duvall?

—Más que eso, Stella. Se prometieron. Y entonces surgió ese misterioso hombre lobo. Sarah, por indicación de Duvall y Ekland, fue internada. Según la versión de ellos, se suicidó.

—Arrojándose por el hueco del ascensor. Poca altura, aunque tal vez fuera suficiente. Lo que resulta absurdo es ese monstruoso hombre lobo...

—No del todo. Recientemente se cometió un asesinato en Dorns Valley. Una mujer apareció salvajemente mutilada. Decapitada. Su cabeza...

—Lo sé, Frank. Le habían sacado los ojos. Puedo añadirte algo más. Me puse en contacto con el inspector Rydell. Éste, junto con el teniente Lewis Marley, lleva el caso. Me informaron que...

Stella bebió un sorbo de *whisky*.

Como estimulante para proseguir su espeluznante relato.

—Le arrancaron los ojos científicamente.

—¿Científicamente?

—Sí, Frank. Fue obra de un experto cirujano.

—Diablos... Bonita historia de terror... En el Centro Psiquiátrico Shavelson colabora el doctor Donald Ekland. Tengo entendido que es un buen cirujano.

—También el doctor Shavelson. Y Harold Duvall. Este último, prestigioso biólogo, realizó monstruosas mutaciones con animales. Creó seres deformes por medio de injertos, trasplantes... Le fueron prohibidas esas actividades en el laboratorio en que trabajaba.

—No hay duda de que algo siniestro y satánico se lleva a cabo en el Centro Shavelson. La locura de Diana Frankel no es real. Tratan de enloquecerla. En el cuarto de baño descubrí una sospechosa e imperceptible separación bajo la ducha. Un paso secreto. De ahí surgen los fantasmagóricos miembros del Ku-Klux-Klan que atormentan a Diana. Malditos sean... De buen grado haría una visita privada a esa diabólica clínica.

Stella depositó el vaso sobre la mesa.

—Eso es precisamente lo que vamos a hacer, Frank.

—¿De veras? ¿Y cómo entrar?

—Yo tengo paso libre. Dentro de cuatro horas es mi turno de noche. Tú irás escondido en la parte trasera de mi coche.

—Si han cazado a Mac Kencie sospecharán de ti, Stella. Le estabas esperando. Te habrán visto con él en varias ocasiones y...

—No sospecharán. Mis relaciones con Mac Kencie eran superficiales. No queríamos levantar sospechas. Acepté invitaciones de casi todo el personal masculino del Centro Shavelson. Incluido el doctor Duvall. Me mostré como una chica alegre y amable con todos.

Duggan consultó su reloj.

—Cuatro horas... Ya de madrugada. ¿Cuál es tu plan?

—No iré a ocupar mi puesto en la centralilla. Conozco el medio de bajar a ese misterioso sótano. Capturado Mac Kencie, no quiero seguir en mi papel de inocente recepcionista. ¿Tienes revólver?

—En el hotel.

—Te proporcionaré uno. Estoy bien surtida.

Los ojos de Duggan recorrieron con insolencia el cuerpo femenino.

—No lo dudo... Tenemos cuatro horas por delante, Stella. ¿En qué las empleamos?

—Prepararé la cena.

Frank Duggan atrapó a la muchacha por la cintura. Su diestra subió jugueteando con los botones del vestido.

—¿Por qué no empezar por el aperitivo?

—Eres un...

Duggan cerró la boca de la joven con sus labios. La estrechó con fuerza entre sus brazos, deslizando las manos por la espalda de Stella. Ella correspondió a la caricia. Entreabrió los labios, aceptando el apasionado beso.

CAPÍTULO XI

—Buenas noches, Stella. Hoy te has adelantado. Aún faltan más de quince minutos para tu turno.

Stella sonrió desde el interior del auto.

—Yo soy así de puntual.

La verja de entrada se abrió, permitiendo el paso del vehículo.

Stella se despidió de los dos guardianes. Llevó el coche, un discreto «Mercury», hacia el estacionamiento.

La muchacha descendió del auto.

Lucía un traje-pantalón en seda lisa. Chaqueta recta con amplios bolsillos. Un conjunto muy apropiado para la misión a realizar.

La oscuridad en aquella zona era total. Tan sólo existían focos junto a las piscinas y en el porche del citado edificio central.

—Ya puedes salir, Frank.

Duggan, oculto bajo una manta en el asiento trasero, se incorporó, abandonando el coche.

—¿Hacia dónde, Stella?

—Al pabellón «D».

El detective no pudo evitar una mueca de asombro.

—¿Por qué allí? Es el lugar más controlado.

—No a estas horas de la noche, Frank. Vamos allí por varias razones. Sólo dos elevadores conducen al sótano. Uno, instalado en el *hall* principal. El otro, en el pabellón «D». Kurt Mac Kencie se informó de eso.

—Utilizaremos el principal.

—No, Frank. Nos descubrirían los de recepción. Además, ese ascensor nos llevaría al centro del sótano. Sin embargo, dada la posición del pabellón «D», el segundo elevador conduce a la parte más alejada del sótano.

—Que puede ser la más vigilada.

—Ése es un riesgo que debemos correr. No entraremos en la

sección «D» por el edificio, sino por la puerta del anexo. Sígueme...

Stella avanzó por entre los coches allí estacionados. Frank Duggan fue tras ella. Realizaron un amplio rodeo por la pista de deportes y la pinada para situarse en la parte posterior del edificio. Junto a uno de los cuatro anexos longitudinales.

Amparados por la oscuridad de la noche.

Llegaron ante una pequeña puerta de acero.

Stella llevó su diestra a uno de los bolsillos de su chaqueta.

—Tengo la llave... Mac Kencie consiguió el molde. Pensábamos utilizarla... Esta entrada pocas veces se emplea. No hay vigilancia.

La muchacha manipuló hábilmente en la cerradura.

La puerta se abrió.

Penetraron cerrando tras de sí.

Frank Duggan reconoció aquel lugar. Se encontraban en el ancho pasillo del pabellón «D». Al doblar el corredor se alzaba la otra puerta que conducía al túnel de unión con el edificio principal. Allí sí había vigilancia.

—Ahí tenemos el ascensor, Frank...

Avanzaron cautelosamente.

El alfombrado pasillo amortiguaba sus pasos. Se introdujeron en el elevador. La cabina era amplia. Propia de montacargas.

Sólo dos botones en el tablero de mandos.

Duggan pulsó el de bajada.

Intercambió una mirada con Stella. El detective sonrió fríamente. Su mano derecha se apoderó del arma proporcionada por la muchacha. Una «Super-Star» del 7,62 con tubo silenciador enroscado al cañón.

El elevador se detuvo.

Fue Duggan el primero en salir.

Se hallaban en un ancho corredor de planta semejante a la del pabellón «D». Iluminado por potentes focos.

—Bien... ¿Por dónde empezamos, Frank?

—Puerta por puerta, pequeña. Registraremos todo el sótano.

Se adentraron por el pasillo. La primera de las puertas estaba entreabierta. Frank Duggan la empujó con suavidad.

La habitación parecía un depósito de cadáveres. Varias camillas se alineaban en dos largas filas.

Sobre una de las camillas, la silueta de un cuerpo humano.

Cubierto por una blanca sábana.

Duggan se aproximó lentamente.

Su diestra apartó la sábana.

Stella no pudo evitar un grito de terror ante el espectáculo que se ofrecía a su vista.

—No te desmayes ahora, Stella.

—Dios mío..., es... es...

—Satánico. Ésa es la palabra. Conozco a esta mujer. Se llamaba Yvonne. Trabajaba en un *snack* de Dorns Valley. Hablé con ella y...

—¡Suelta ése revólver, Duggan! —ordenó súbitamente una voz.

Frank Duggan quedó rígido. Intercambió una mirada con Stella. La muchacha realizó un leve movimiento de cabeza.

Duggan soltó la «Super-Star», girando con lentitud.

Junto a la puerta se hallaba Charles Convay. Empuñando una «Luger». El individuo sonrió.

—Perfecto... Eres un tipo prudente, Duggan, Lo insensato fue entrar aquí... ¡En marcha! ¡Hacia la puerta del fondo!

Stella y Duggan obedecieron.

La puerta señalada era de doble hoja. Se abría con un leve empuje.

—Adelante, Duggan, —rió Convay sin dejar de encañonarles—. No seas tímido.

Penetraron en la sala contigua.

Espaciosa.

Era un quirófano.

Iluminado por potentes focos de luz cenital. A la izquierda de la circular sala, el departamento con autoclave de esterilización. El negatoscopio. Aparato de anestesia. Suero sanguíneo. Bisturí eléctrico...

Un moderno quirófano.

Con un esmerado equipo de especialistas.

Herbert Shavelson, Donald Ekland y Harold Duvall como cirujanos. Bertha, como enfermera jefe. Dany Brooke parecía hacer de anestesista.

Todos ellos, inclinados sobre la mesa de operaciones.

Y en esa mesa, un monstruoso y deforme ser sujeto por correas. Un hombre cuyo rostro se ocultaba por un pelaje gris. Sus afilados colmillos sobrepasaban del labio inferior. Sus manos, auténticas

garras...

Sí.

Allí estaba el monstruoso hombre lobo.

CAPÍTULO XII

Habían sido conducidos a un pequeño despacho del sótano.

Quedaron custodiados por Charles Convey.

Minutos más tarde aparecieron Herbert Shavelson y Donald Ekland. El primero de ellos se acomodó tras la mesa escritorio. Dirigió una sonrisa a Duggan.

—No hay duda de que eres un buen detective, Duggan. También tú nos has engañado bien, Stella. ¿Compañera de Kurt Mac Kencie?

—Sí. ¿Qué ha sido de él? —preguntó la muchacha.

—Tranquila, Stella. Aún está con vida. Debe morir lejos del Centro Psiquiátrico Shavelson. Un accidente de coche. Tú irás con él, nena. Con ello no nos comprometemos ante el FBI.

—Demasiado tarde, Shavelson. Nuestra presencia aquí demuestra que sospechamos de vosotros.

—Cierto, querida —sonrió Herbert Shavelson, muy seguro de sí—. Sospechas. Sólo eso. Cuando vuestros cadáveres aparezcan lejos de aquí, ninguna prueba nos acusará.

Frank Duggan estaba acomodado en uno de los sillones. Fumando con indiferencia. Como si no le afectara la comprometida situación.

—¿Y yo, Shavelson? ¿Cuál será mi suerte?

—¿Quieres darle tú la respuesta, Donald? No muy científica. Que nuestro amigo Duggan pueda comprenderla.

Donald Ekland también sonrió en cruel mueca.

—Tu cuerpo servirá para prolongar la vida a otros hombres, Duggan. Donarás tu corazón, tus ojos, el hígado... Todo de cuánto aprovechable encontremos en tu organismo.

—¿Ése es vuestro verdadero negocio?

—En efecto, Duggan. Estamos en la era de los trasplantes. Se hacen verdaderos prodigios. Nosotros somos expertos. Capaces de cualquier compleja operación. Lo triste es que no existen suficientes

donantes.

Duggan endureció sus facciones.

Sus grises ojos relampaguearon de ira.

—Comprendo. Y son reclutados entre hombres y mujeres sin hogar ni familia. Ellos son los elegidos.

—Correcto, Duggan. Hoy mismo hemos realizado una delicada operación de trasplante en James Parsons. Nos pagará por ello una fabulosa cantidad. Lo que le pidamos. Hay muchos en su misma situación. Hombres poderosos dispuestos a pagar cualquier cantidad por trasplantar su dañado corazón, su hígado, riñones, ojos, injertos, válvulas, pulmones... Pagan cualquier cantidad, ya que conocen la imposibilidad de encontrar donantes. Nosotros se los proporcionamos. Mi mujer falleció por falta de donante. Ése es nuestro negocio. Garantizamos la operación. Somos un equipo de especialistas. Shavelson, Duvall y yo.

—Un equipo de asesinos.

—Quitamos la vida a los insignificantes y se la prolongamos a los poderosos. Dany Brooke es uno de los que nos suministra la «mercancía». Investiga la vida de los forasteros que acuden a su hotel. Si éstos carecen de familia y hogar son los candidatos ideales. Nadie se preocupa por su desaparición, Brooke sabía desde un principio que eras detective privado. Eres muy; famoso en San Francisco, Duggan. Diana eligió el mejor.

—¿Por qué torturar a la muchacha? —inquirió Frank Duggan con dura voz—. ¿Por qué hacerla enloquecer?

—Queríamos qué acudiera al Centro Shavelson. Al estar tú interesado en ella teníamos que convertirla en una pobre demente. Convencerte de que su internamiento era necesario y así abandonarías el caso. Diana llegó a sospechar de nosotros. Su hermana Sarah, poseedora del grupo sanguíneo AB, nos fue de utilidad en el trasplante con un hombre de ese grupo.

—No se suicidó.

—Por supuesto que no, Duggan. Su cadáver fue incinerado. Como todos los que sirven de donantes. Nuevamente necesitamos una persona con grupo sanguíneo AB. Muy difícil de conseguir. Diana coincide con el de su hermana. Por ello es la nueva víctima elegida. Y con ello cerramos también su boca.

—¿Y ese... hombre lobo?

Herbert Shavelson comenzó a reír en estridente carcajada.

—Es un experimento de Harold Duvall. Conoció a Martin Pendleton en Los Ángeles. Pendleton es un tipo repulsivo. Capaz de todo por un puñado de dólares. Aceptó a que experimentáramos con él una sustancia descubierta por Duvall. Una sustancia que altera el metabolismo y proporciona mutaciones en el cuerpo humano. Duvall le inyectó esa especie de hormona que le convierte en monstruo, pero tan sólo por espacio de unas horas. Pendleton vuelve luego a su estado normal. El fallo de Duvall consiste en que no siempre domina la mente de Martin Pendleton.

—¿Cómo lograba introducirse en el apartamento de Diana?

—Martin Pendleton era su vecino. No le resultó difícil conseguir un duplicado de la llave. Duvall acudía todas las noches a inyectarle. Convertido en... hombre lobo, se aparecía ante Diana. Igual hizo con su hermana Sarah. Enloquecerlas para que buscaran refugio en el Centro Shavelson. Seguimos el tratamiento con Diana. Incluso ahora, para convencerte a ti a abandonar el caso, Diana recibe a encapuchados del Más Allá. No será necesario seguir. Tú has sido sentenciado, Duggan.

—¿Y esa mujer asesinada en Dorns Valley?

—Martin Pendleton no nos obedeció —intervino Donald Ekland—. Estábamos experimentando con él y escapó llevándose a una «donante». Se ensañó con el cadáver como una auténtica fiera salvaje. Queremos controlar todos sus actos y convertirlo en un fiel servidor. No será el *Urbarmensch* hitleriano, pero vamos a crear una raza de...

—¡Estáis locos! —exclamó Duggan, dominado por la ira—. ¡Vosotros sí debíais estar reclusos en el pabellón «D»!... Vuestros monstruosos crímenes no quedarán sin castigo.

—No seas estúpido, Duggan. Tú y la chica estáis sentenciados. No...

Stella entró en acción.

Del bolsillo de su chaqueta extrajo un diminuto revólver. Se adelantó a Convay en una fracción de segundo.

El proyectil alcanzó el corazón del guardián.

Se escucharon unos precipitados pasos por el corredor. Antes de que abriera la puerta del despacho, ya Frank se había apoderado de la «Luger» de Charles Convay.

Tres individuos, armas en mano, intentaron penetrar en la estancia.

Duggan y Stella dispararon.

Sin piedad.

Un sexto sentido pareció advertir a Duggan del peligro. Giró con rapidez. Sintió el siniestro silbar de una bala rozando su oreja izquierda. El autor del disparo fue Herbert Shavelson.

Duggan correspondió al fuego.

Un rojo orificio se dibujó en la frente del doctor Shavelson. Entre ceja y ceja.

Donald Ekland permanecía inmóvil.

Ningún otro individuo se atrevía por el momento a entrar en el despacho.

—Es inútil vuestra resistencia —comentó Ekland fríamente—. Jamás saldréis de aquí con vida. Más de veinte hombres me obedecen y...

De pronto se escuchó el estruendo de varias detonaciones. Gritos y maldiciones resonaron por todo el sótano.

De entre el fragor de los disparos destacó una potente voz:

—¡Estáis rodeados!... ¡Rendíos al FBI!

EPÍLOGO

Desde la habitación del Foster Hospital eran visibles los lujosos hoteles de Nob Hill. El barrio más elegante de San Francisco.

Los rayos del sol penetraban con fuerza.

Frank Duggan sonrió.

—Este sol sí es verdadero, Diana. Te engañaron con unas pantallas. Y en el cuarto de baño existía una salida secreta.

En el aún demacrado rostro de Diana se dibujó una débil sonrisa.

—Gracias a ti estoy a salvo de esos monstruos...

—¿Monstruos?

—Sí... Todos ellos eran monstruos de maldad... Mi hermana Sarah, yo...

—Tú debes olvidar, Diana. Borrar de tu mente todo lo ocurrido. Imagina que todo fue una horrible pesadilla. Eres joven y bonita. Lo conseguirás.

—Gracias, Frank... Sólo lamento no poder pagarte. Mi seguro de vida...

—¡Al diablo con eso! —rió Duggan—. Estoy pagado con ese brillo de tus ojos. Me voy... Si Kurt Mac Kencie me encuentra aquí, se pondrá celoso.

Diana enrojeció.

—¿Por qué dices eso?

—No soy tonto. Mac Kencie tampoco lo disimula. Se ha enamorado de ti como un colegial. Hasta pronto, Diana.

Frank Duggan abandonó la habitación.

En el silencioso pasillo del Foster Hospital de San Francisco se cruzó con el inspector Richard Rydell.

—Hola, Frank. ¿Podemos hablar unos minutos?

—¿Ahora?

—Me llevas esquivando varios días, muchacho. Quiero

agradecerte tu intervención en ayuda de Stella y Kurt.

Duggan estaba encendiendo un cigarrillo. Alzó su mirada para contemplar burlonamente a Rydell. Éste era un hombre cuyos cabellos ya griseaban en los aladares y las arrugas del tiempo se marcaban, en su rostro.

—¿Hablas en serio, Richard? Soy yo quien debe darte las gracias. Jamás hubiéramos salido de allí sin tu oportuna presencia y la de tus hombres.

—Eso no resta méritos a tu acción, Frank. Kurt Mac Kencie, antes de caer prisionero, ya se había comunicado conmigo. Me informó del espeluznante descubrimiento del sótano. Regresó de nuevo allí y le descubrieron. Esperaba más información y, al no recibirla, decidí intervenir. Ahora estamos efectuando una limpieza en Dorns Valley. El *sheriff*, el propietario del *snack*, en el hotel..., son muchos los implicados. También tenemos una relación de los que han sido operados en el Centro Psiquiátrico Shavelson. Tipos importantes.

Duggan sonrió fríamente.

—¿De qué les vas a acusar?

—Ellos sabían que los donantes eran asesinados. En el Centro hemos detenido a varios magnates que esperaban turno para operaciones de trasplante.

—Como cuervos.

—Sí, Frank. Como cuervos esperando su ración de carroña. Ellos también serán castigados.

—Eres un iluso, Richard. Los peces gordos no caerán en tus redes. Negarán que estaban al corriente de esos asesinatos, que suponían los órganos trasplantados procedentes de cadáveres, que todo estaba en regla... Lo negarán todo y podrán seguir disfrutando de la vida. Y tú lo sabes.

—Frank...

—¿Sí, Richard?

—Tengo influencias. Puedo conseguir tu reingreso en el FBI.

Duggan entornó los ojos.

—¿Sigue la misma disciplina?

—Por supuesto, Frank.

—Entonces no te molestes. Volvería a fracasar. Soy hombre incapaz de soportar una disciplina. Sólo de pensar en esos

poderosos magnates tomando el sol en Miami Beach con órganos trasplantados de hombres y mujeres asesinados se me revuelve el estómago. Fueron esos monstruosos crímenes los que me impulsaron a dispararle a Shavelson entre ceja y ceja. No, Richard. No sería nunca un buen agente del FBI. No soportaría muchas cosas. Seguiré de buscador de basuras.

—Hasta que el teniente Marley te retire la licencia.

Duggan sonrió.

—Siempre encontraré amigos que intercedan por mí. Hasta pronto, Richard. Me están esperando.

El detective abandonó el Foster Hospital.

En la zona de *parking* estaba su «Chevrolet».

Y en el asiento delantero, Stella.

Frank reconoció que el FBI también tenía cosas buenas. No había más que mirar a Stella para percatarse de ello.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

